

UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
CARRERA DE LITERATURA



080897

TESIS DE LICENCIATURA

"LOS MALABARISTAS DE LA NOCHE"
"UNA NOCHE MÁS EN EL PARAÍSO"

POSTULANTE : MARIA LIBERTAD CÁRDENAS CARRASCO

TUTOR : Dr. JUAN CARLOS ORIHUELA



LA PAZ - BOLIVIA
 2004



ALIZA
 2004



01576



LOS MALABARISTAS DE LA NOCHE

Maria Libertad Cárdenas Carrasco
Tutor: Dr. Juan Carlos Orihuela

AGRADECIMIENTOS

A:

Edgar Arandia, Julio Barriga, Drago Komadina,
Jaime Nisttahuz, Luis Alberto Portugal, Humberto
Quino, Isabel Trigo, Marcelo Villena.

Agradecimiento especial a Juan Carlos Orihuela.

DEDICATORIA

Para:

A. C. F. y E. C. G.

LOS MALABARISTAS DE LA NOCHE

*Con tinieblas y piruetas portentosas emergen los
malabaristas de la noche.
A patadas y codazos _se abren paso por entre la multitud
de anonadados personajes que miran deslumbrados,
sorpresivamente se sitúan en el centro del redondel y
ofrecen numerosos malabares.*

Jaime Saenz

Los malabaristas son entidades que se mueven a sus anchas, probablemente más cómodos durante la noche, pero sin esconderse durante el día. El redondel de circo, en este caso, es la ciudad, vista como un espectáculo de variedades cuyos actos se renuevan constantemente. Deambulan a través de desiertos repletos de gente usual que siente por ellos un poco de curiosidad, un poco de aversión y hasta un poco de ternura. Multitud de personas convencionales, interesadas más en ser espectadores que en formar parte de la actuación. Los malabaristas de la noche están solos en la ciudad que habitan, a veces acompañándose los unos a los otros, pero tienden a ser figuras solitarias, existiendo en un espacio nocturno que se extiende a través de a.m. y p.m. Caminan una y otra vez por calles que conocen de memoria, frecuentando sitios a los que no entraría la gente convencional. No se trata de perdedores, incapaces o ignorantes; más bien son individuos que llevan su individualidad hasta cierto límite que les permite existir pensándose como rebeldes únicos, pero sin aspirar a la utopía de apartarse completamente de la colectividad. De hecho, necesitan a los demás, de otra manera se quedarían sin su

audiencia, totalmente solos en el redondel. Tal vez, en un afán clasificador, se les pueda conceder infinidad de nombres y apelativos: dementes, cuya demencia consiste, quizás, en pensar demasiado y demasiado diferente; locos que vislumbran destellos y haces de luz en la penumbra de la noche. Pero, sencillamente, son malabaristas de la noche que caminan solos por elección propia, con el convencimiento de conocer todo y a todos. Quizás hasta sufren de un complejo de superioridad crónico que les impide formar parte de cualquier grupo, pero que, a su vez, los convierte en productores de espectáculos, en orden de reafirmar su supuesta condición de artistas estelares.

Los malabaristas de la noche padecen de una imposibilidad para adaptarse a la gran masa de anónimos que viven una vida convencional, construyendo sus éxitos y fracasos en sociedad, apoyándose en sus grupos para verter opiniones y cerrar tratos. Se trata de especímenes sociales que tienden a relegar a todos los que no se mueven a su ritmo. Es esta enorme multitud de gente cortada por el mismo molde, con conciencias fabricadas en serie y viviendo vidas repetidas al infinito, la que hace inadaptados a los malabaristas de la noche, individuos fuera de la realidad. Pero estos logran, de alguna manera, descifrar el misterio; saben que la realidad no es más que muchas personas creyendo lo mismo y pensando que eso es lo que creen es verdad. Son, de hecho, inadaptados, pero no porque la sociedad escoja llamarlos así, sino porque ellos mismos toman la decisión de descreer de ciertas verdades e incluso cuestionan, de vez en cuando, los

valores que promueven una vida usual. Sin embargo, estos solitarios malabaristas, no pueden renunciar por completo a la colectividad y su declaración de independencia e individualidad consiste en apartarse, por momentos, del bullicio de la audiencia para observar con distancia. Un lugar donde las convencionales verdades, vistas a través de un cristal caleidoscópico, se deforman, se esfuman, se multiplican y se trizan; una tierra de nadie.

Pese a su notoria preferencia por la ciudad, como espacio elegido para existir, los malabaristas acarrearán otros lugares consigo. Lugares hechos de recuerdo y uno de ellos es el Chaco, la guerra del Chaco, para ser exactos:

(...), eran una especie de fantasmas de la ciudad, y su vigencia sólo estaba conferida por grupos de semidioses andrajosos y borrachos, locos lúcidos, enfermos incurables, huérfanos sin consuelo, extranjeros suicidas y ancianos mutilados. Con los años, y más exactamente con el advenimiento de la guerra del Chaco, esa sociedad secreta y todopoderosa fue engrosada significativamente, pues a ella se adhirieron los valdados por las balas paraguayas y los sobrevivientes que al retornar de la campaña habían encontrado sus hogares destrozados o alquilados. Con el tiempo, y como una extraña estadística, había establecido que la mayoría de los veteranos de la guerra que se incorporaron a esa especie de masonería de la miseria eran ex artilleros, la ciudad los fue bautizando con ese nombre. (...). (Bascopé Aspiazú, 1997: 56, 57).

En una primera instancia, los malabaristas devienen en marginales arrastrándose a través de los barrios periféricos de la ciudad, de ahí su preferencia por la soledad. Pero probablemente caen en cuenta de que su sobrevivencia está en juego y se habitúan al espectáculo citadino. Esos

beneméritos de la utopía, consumiéndose en tugurios junto a inadaptados de todo tipo, son también los caballeros que, al calor de un café y un juego de dominó, cuentan sus anécdotas de guerra a quien quiera escucharlos. Es aquí donde ingresa Augusto Céspedes, reportero de guerra, contando las historias del frente y escribiendo uno de sus libros más importantes: *Sangre de mestizos*. Dejando detrás el romanticismo, el indigenismo o cualquier otra corriente, Céspedes se concentra en la desilusión, en el sinsentido de la guerra, hecho evidente por unos personajes que son ya esbozos de nocturnos malabaristas. La guerra convierte a los soldados en entidades escépticas, solitarios descreyentes de los motivos por los que supuestamente se luchaba, sumidos en la nostalgia por otros climas, por otros escenarios. El mecanismo del libro apunta no a los personajes en sí, como protagonistas de una historia, sino a los personajes - narradores que recuerdan algún suceso con algo de nostalgia, con algo de desilusión. Estos narradores ponen en un segundo plano el personaje que hay en ellos y centran su atención en algún objeto como centro de su desilusión: una fotografía, en "La paraguaya"; un pozo seco, en "El pozo"; el camión, en "Humo de petróleo". El personaje se convierte en un malabarista, se ubica detrás de esos objetos tan físicos (fotografías, vehículos) y los hace danzar en el aire en desmedro de sí mismo. La atención se centra en las piruetas de los recuerdos, mientras el malabarista asume su soledad entre regimientos de soldados y en medio de una guerra.

como espacio concreto. El malabarista de la noche, como cualquier otro saltimbanqui, tragafuegos y demás familia circense, tiene su espacio dentro del propio redondel ciudadano. En el caso de Jaime Saenz, este espacio es la bodega y su malabarista por excelencia es Felipe Delgado. Este personaje renuncia a vivir en los sitios más convencionales de la ciudad y se mueve por calles y barrios poco usuales, solitarios, encontrando otro tipo de conocimiento y lucidez en el alcohol y los delirios. La noche es el lugar desde donde Delgado observa, aprende y enseña. En sus manos giran, juguetonamente, los elementos de una novela construida como espectáculo visual, auditivo, degustativo. Los actores que comparten el escenario con Felipe son grandes solitarios, únicos poseedores de un enorme conocimiento dado a conocer en los fondos más bajos de la ciudad. El personaje comienza a ser el que construye su propio espacio urbano y lo hace, en este caso, de bodegas y basurales. Este tipo de construcción va a acentuarse en *Vidas y muertes*, donde Saenz "...construye una elaborada visión de la ciudad de La Paz a través de personas, seres y figuras que se desplazaron en ella -por sus márgenes, antiguos barrios y estrechas calles- constituyéndose en su profundidad...". (Prada: 45). En *Imágenes paceñas* existe una exploración hecha a manera de construcción de La Paz. El recorrido se inicia en zonas, plazas, avenidas y calles, para pasar inmediatamente a sitios más recónditos, un callejón, una tienda, una bodega, y terminar en los personajes, un aparapita, un adivinador, una

recovers, un loco, todos ellos como parte de la ciudad, construyéndola, narrándola y convirtiéndola en espectáculo.

Los malabaristas de la noche son actores, espectadores y, también, ingeniosos ingenieros que construyen sus propias ciudades. Una de ellas lleva el nombre de Dublín, en *Dublineses*, de James Joyce. Las calles, avenidas, edificios, casas y parques de esa ciudad irlandesa se perciben a través de aquellos que los habitan y los convierten en su propio circo vicioso. Son personajes que viven la desilusionante y tediosa verdad de sus vidas, embargados por un sentimiento de impotencia, de irrealización. Está, por sobre todo, la soledad, que actúa como un elemento aislante que los separa del resto y les hace ver los sucesos desde un ángulo distinto; se trata de malabaristas constructores de realidades desacostumbradas. Pero son estas visiones distintas las que les impiden engranar con la gran masa de gente. Su condición de malabaristas hace rodar por las escaleras a un ebrio y le niega su ascenso hacia una supuesta gracia, en "A mayor gracia de Dios"; o bien se apodera de la vida de una muchacha que prefiere estar sola en su territorio acostumbrado que ir a vivir la vida que se espera de ella, en "Eveline". Lo cotidiano, lo tedioso, se convierten en humillación y crueldad, en "Duplicados". Las dos caras de la misma moneda se presentan en Farrington, empleado de oficina susceptible de ser humillado y también un buscador de bares que descarga sus frustraciones en su familia, mostrándose como un individuo que vive en dos o más realidades a la vez. Pero quizás el más significativo sea "Arabia", porque en ese

cuento está el motivo central del libro. Se trata de un recorrido por la ciudad, matizado por la mirada infantil que se dirige hacia los elementos más olvidados. Este trayecto construye una ciudad acomodada de manera distinta, con el foco situado en los sitios menos esperados. Ese Dublín complejo, hostil y fascinante va a ser comprimido a un sólo día de agitación en el *Ulises*, donde Leopold Bloom, su esposa Molly, Stephen Dedalus y toda una colección de personajes lo recorren y van construyéndolo a medida que avanzan. La soledad de los personajes de Joyce está en profunda relación con la manera inusual que tienen estos de observar el mundo que les rodea y de transmitirla a través de recursos extremos que culminan en el experimento lingüístico.

El siglo XX, la revolución industrial, el progreso, parecen fomentar la aparición de solitarios malabaristas de la noche, al centrarse en los grandes escenarios urbanos y dar cabida a enormes cantidades de personas. Son unos cuantos individuos, parte de esta colectividad, los que reparan más intensamente en el deterioro de ciertos convencionales valores y el surgimiento de otros nuevos, no siempre mejorados. La velocidad con que gira el mundo va aumentando y la rapidez con que los sucesos se mueven les hace compartir un recién nacido sentimiento de lo efímero; nada es para siempre, el mundo sigue moviéndose sin reparar en los cuestionamientos de unos cuantos solitarios que se alejan a observar los hechos con un poco de perspectiva. El futuro se convierte en una fe casi enfermiza, una meta que hay que alcanzar cuanto antes, sin caer en

la cuenta de unos pocos soñadores que se mueven a un ritmo distinto y que aún piensan encontrar lo que buscan en el pasado o en alguna otra parte. Idealistas, podría decirse, individuos viviendo fuera de la realidad más próxima, que se aferran a la vida en el aquí y el ahora, porque el futuro pudiera no valer la espera. Esa fugacidad imposible de ignorar está en las narraciones de Francis Scott Fitzgerald. Sus personajes salen a cambiar el mundo y terminan cambiando ellos mismos, comienzan con grandes expectativas que se derrumban ante sus propios ojos, haciéndoles buscar otros caminos, otro tipo de futuro. El libro de cuentos *El derrumbe* es, desde el título, una crónica sobre el sentimiento de pérdida surgido de la caída de la bolsa en Nueva York a finales de los años veinte. Toda la euforia y la vida disipada que el dinero puede pagar es evocada con nostalgia y con la seguridad de que no volverá más cuando faltan los billetes.

Pero la impotencia y la pérdida de esa vida vana y superficial están con más fuerza en Jay Gatsby, de *El gran Gatsby*. Se trata de un personaje que no sólo construye su escenario, sino que se construye a sí mismo, inventando un pasado y un presente lujosos, jugando a armar de diferente manera las piezas de su propia vida. Sin embargo, los malabaristas no suelen echar raíces ni tomar nada como un absoluto y el encanto se rompe ante la prevaencia de lo efímero. La superficial y decadente sociedad de Nueva York asiste a la consagración de Gatsby como el millonario trotamundos que ofrece suntuosas fiestas en su

mansión con el único objeto de complacer a Daysi Buchanan. Gatsby construye una ciudad hecha de recuerdos jamás vividos y se construye a sí mismo en base a Daysi, la novia de juventud que lo rechazó porque "las chicas ricas no se casan con chicos pobres". Daysi decide vivir en un mundo donde las cosas son blancas o negras y se rigen por normas establecidas, mientras que Gatsby prefiere situarse en un lugar donde puede jugar con dichas normas, voltearlas y cuestionarlas, matizar su pasado de pobre soldado convirtiéndose en un heredero, cuya fortuna está hecha de negocios oscuros. El pasado se convierte en un estrato que no obedece a categorías convencionalmente designadas como verdad o falsedad, es una memoria hecha de retazos en la que una realidad pretendidamente objetiva no hace mella; simplemente se deja llevar por las tendencias:

(...), el orgiástico futuro que, año tras año, aparece ante nosotros... Nos esquivamos, pero no importa; mañana correremos más de prisa, abriremos los brazos, y... un buen día...

Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado.
(Scott Fitzgerald, 1984: 206).

Lo efímero de un pasado ideal, aunque éste sea construido con piezas que no cuadran, y la nostalgia con que se lo rememora toman un matiz diferente cuando tienen lugar en una ciudad que convierte en anónimos a sus habitantes desde el instante mismo en que llegan. Los grandes conglomerados urbanos producen una especie de abigarramiento, oleadas de gente esperando por la siguiente gran oportunidad. La soledad

es a veces más intensa en compañía. entre multitudes, también está en las enormes tiendas por departamentos que empiezan a abrirse a principios del siglo XX en Nueva York. Ahí se sitúan los personajes de *Cuentos de Nueva York* (O'Henry: 1974), usualmente muchachas dependientas de alguna de estas tiendas, viviendo miserablemente en cuartuchos y añorando el día en que serán ricas y acomodadas:

Como todas las cosas, este asunto tiene su reverso y su adverso. Veamos primero el reverso. A veces, oímos hablar de las "dependientas de tienda". Pero tales personas no existen. Hay muchachas que trabajan en las tiendas. Esa es su forma de ganarse la vida. Pero... ¿por qué convertimos en adjetivo su ocupación? (O'Henry, 1974: 28).

Se trata de relatos sobre el desencanto producido por una ciudad que las rechaza y que, al mismo tiempo, las atrae y aglomera en aras del progreso. O' Henry se erige como un narrador de cuentos casi de hadas, convirtiendo a sus personajes en edulcoradas anécdotas que palian un tanto la fría realidad urbana. Es la literatura de una época marcada por el crecimiento desmedido de las ciudades y toda su parafernalia progresista. Es también el comienzo de la soledad en la gran ciudad, la soledad entre las multitudes.

Este abigarramiento, este conglomerado diverso, se traduce en oficinas y empleados de la administración pública en *Fábulas contra la oscuridad*, de Jaime Nisttahuz (1984), donde los personajes están embotados por la realidad burocrática en la que viven. Los malabares se los ofician con documentos, trámites públicos y papeles sellados. Se trata

de una narrativa profundamente ligada a la cotidianeidad y al tedio que conlleva ser un empleado de oficina y a la necesidad de encontrar medios de escape. La urbe de Nisttahuz está construida por personajes cuya calidad de oficinistas, secretarias o contadores marcan su escenario. "Diario de un timbre de transacción" elabora una mirada acaparadora de toda una serie de sujetos oficinistas. El usurero, el burócrata, que es el personaje principal, se vislumbra como un malabarista administrativo y la narración toma forma casi de memorial jurídico. Esta manera de mostrar los hechos, se aleja de su apariencia de documento legal, precisamente por su cercanía, por estar siendo narrado por un timbre. Los papeles y los sellos se amontonan como queriendo sobrellenar el vacío de algunas oportunidades perdidas y de hechos jamás realizados. Es una nostalgia tediosa que se hace sórdida en "El cementerio de los elefantes", donde el protagonista rememora las desgracias de su vida mientras el alcohol lo conduce lentamente hacia la muerte, como un recurso extremo de aislamiento, un acto casi narcisista por parte de un individuo que encuentra imposible vivir en sociedad. Esta vez el escenario es un antro situado quién sabe en qué recovecos de la ciudad, bañado de penumbras nocturnas y que acerca a Nisttahuz a los conventillos marginales de René Bascopé Aspiazú.

El conventillo se ve transformado en una figura literaria que casi repite la organización de la ciudad misma, toda llena de gente, de basura, de misterio. De la mano del Coronel Belmonte, en *La tumba infecunda*

(Bascopé Aspiazu, 1997), el margen ciudadano es subdividido en varios estratos por los que el mencionado personaje va a ir relacionándose con diversas figuras, como el enano Margarito o un grupo de prostitutas que depositan su suerte en un feto. El escenario urbano de esta novela apela a una penumbra que sombrea y deforma las siluetas de los personajes. La marginalidad y la sordidez de Bascopé Aspiazu son situaciones límite porque están construidas por personajes extremos: mudos, enanos, prostitutas, retardados mentales, alcohólicos, etc. Se trata de una forma de narrar que convierte aversión y fascinación en un solo sentimiento que la hace extrañamente atractiva. El conventillo se utiliza como una estructura en *La noche de los turcos* y en sus personajes, habitantes del abigarramiento que construyen su propio escenario marginal, delimitado por una mirada inocente, pese a la truculencia. Una gran mayoría de los narradores son niños en el umbral de la adultez, personajes ingenuos que observan su dura realidad casi con perezosa tranquilidad y sienten el paso del tiempo en el momento en que los recuerdos se hacen nostalgia:

Pero cuánto tardé en comprenderlo. El tiempo es un monstruo que atropella el alma y no le deja momentos suficientes para asumir sus propios recuerdos ni para intuir su sentido. (...). (Bascopé Aspiazu, 1988: 23).

Por supuesto que, siendo el conventillo en sí un abigarramiento, permite una visión a manera de abanico de una especie de totalidad fragmentaria. La profusión de cuartos y patios apela a la figura de la multiplicidad que es abarcada por medio de recursos más compresores, más específicos:

El cuento resume un universo. lo comprime en una masa apretada, densa, contenida que, como la fuerza del átomo, debe estallar ante los ojos del lector y revelar amplios espacios. (...). (Aguilera Garramuño, en Barrera Linares y Pacheco, 1992: 455).

El conventillo, los cuartos, patios y zaguanes amontonados revelan esa cualidad casi circense que permite a los malabaristas adentrarse por enormes espacios a través de pequeñas puertas, ver la piel misma de la ciudad en sitios totalmente ignorados. Sí, la ciudad le pertenece a toda la serie de personas convencionales que la habitan, pero son los malabaristas de la noche quienes la construyen desde lo más profundo de sus antiguas y olvidadas ruinas. Son también ellos quienes reparan en las más grotescas y crudas desnudeces urbanas. Los personajes de Bascope Aspiazu son viajeros que se adentran en su propia nostalgia y descubren grandes espacios de memoria a través de pequeños y miserables rincones. Es el caso de "Niebla y retorno", cuento en el que un pedazo de tela mugrienta se convierte en el centro de la vida pasada del personaje, una especie de memento marginado dentro del marginal escenario del conventillo. El sentimiento de pérdida no es ineptitud ni ignorancia, es, más bien, soledad, imposibilidad de formar parte del mundo ordinario, del mundo exterior a uno mismo y la marginalidad es el aislamiento. La vida exterior del personaje de "Niebla y retorno" carece de importancia frente a la vida recordada en el conventillo.

Hasta aquí podría pensarse que los malabaristas de la noche son seres desesperados, nostálgicos, casi miserables. Algo de ello está

presente en su existencia, pero también está su naturaleza lúdica, su capacidad de encontrar conocimiento a través de métodos totalmente inesperados, su calidad de espectadores y actores. Estos inquietantes y atrayentes personajes son los que habitan *Los cuartos*, de Jaime Saenz, libro de relatos en el que existe una profusión de seres a quienes su extraña genialidad sitúa fuera de cualquier convencionalidad: el Paucara, Jaime Arló, los hermanos Chumacero, Soledad Vaca, todos ellos girando en torno al mítico personaje de la Tía. Pero se trata de un espacio enorme al que sólo se accede a través de una caja de fósforos, como esa biblioteca diminuta que contenía los grandes volúmenes. En este caso, los malabaristas apelan a la ironía, a la parodia que les hace ver con distancia cualquier manifestación ajena a ellos. En *Los cuartos* y en *Felipe Delgado* los malabaristas se representan a sí mismos en irónicos espectáculos, narrando inusuales formas de vida en las que el alcohol no es tanto un vicio, como una revelación:

(...) el extraviado en las tinieblas tiene este solo recurso: ir en pos de la luz por el camino de las tinieblas. (...). La esencia de la soledad puede darse en una circunstancia cualquiera; Felipe Delgado cree conocer la esencia de la soledad. Esta soledad ha sido vista por él. (...). Por el alcohol se me rebelaba el futuro, un tiempo escondido, un tesoro escondido, el júbilo perenne de vivir la bienaventuranza (...). (Saenz, 1979¹: 623 y 634)

La soledad es una especie de requisito para adentrarse en las profundidades de un conocimiento fuera del mundo ordinario. Se trata de un saber que separa a los malabaristas del común denominador y los hace solitarios, inadaptados y, además, observadores de primera fila, atentos a

las circunvoluciones de un espectáculo del cual son también ellos protagonistas, sin establecer distinciones entre público y actores. La cualidad de actor - espectador convierte a los malabaristas en narradores a todos los lados del escenario. Esta puesta en escena tiene un múltiple reparto en el que reyes, bufones y todo lo que está en medio se reúnen en una paródica representación del espacio abigarrado, donde ninguno es más importante que otro. En *Felipe Delgado* no es sólo el protagonista el que atrae toda la atención, sino el modo en que frecuenta a personajes tan desastrosos y tan geniales como él mismo: falsificadores de sacos de aparapita, prominentes illimanólogos, filósofos de bodega que además tocan la mandolina. Se hace patente una cualidad que se puede aplicar a toda la obra de Saenz, la vida en el límite, entre las supuestas verdades que quieren ser absolutas y el entreverado sub - mundo del malabarismo que se construye, en este caso, de bodegas, de alcohol y de remiendos de saco de aparapita.

Al crear tipos y estereotipos, inventar apelativos insuficientes para todo aquello que es desconocido, inusual, la ciudad se presenta como un ente clasificador. Se trata de un afán por nombrar lo innombrable, por denominar y designar con palabras todo aquello que existe fuera del lenguaje convencional. Es una especie de sentido regulador que se desentiende de todo lo irregular, y la incomprensión se hace casi insalvable cuando aquellos a quienes no se comprende, ni siquiera llenan ciertos condicionamientos físicos. Por eso el Rolando, de "Retrato de grupo

con Pompidou" (Cárdenas, 1989), comprende que ni el suicidio lo salva de las burlas y el rechazo y entiende, por sobre todo, que está sólo y que es inadaptable a cualquier grupo, sea político, intelectual o de cualquier otra clase:

(...). Mientras desando la calle fría y sola del amanecer, entiendo que mi suicidio hubiera sido nada más que una broma para esa pandilla de desalmados que se dicen mis amigos y acaso la única a quien realmente le hubiera dolido mi temprana desaparición, habría sido a mi viejita que la noche de mi velorio, no se cansaría de decir: Tan lleno de vida...

- Tan relleno dirás - hubiera aclarado el grandísimo de mi padrastro. (Cárdenas, 1989: 125).

Cárdenas construye a los malabaristas y a la ciudad con un humor y una ironía que son llevados hasta un extremo lingüístico en *Chojcho con audio de rock p'ssahdo* (Cárdenas, 1992), siguiendo la herencia de la ciudad marginal, de los barrios periféricos, del espacio y el lenguaje construidos sobre ruinas, en base a restos y escombros imposibles de designar con significados totalitarios. Son los malabaristas quienes más tienden a ver estos escombros como material útil y a situarse en la más confortable de las relatividades. En la penumbra nocturna, todo se hace relativo; un oficial de la ley es un asesino, y el asesino a su vez, es un artista del grafitti, volviendo a Cárdenas. Incluso el espacio nocturno se hace relativo, pues puede extenderse a través de las más soleadas horas del día y existir en lugares donde la demencia no es más que encontrar diversos tipos de caras en una verdad que quisiera ser totalitaria.

La gran paradoja del escenario urbano reside en que su más convencional fachada no existiría sin sus recovecos más aislados, sin sus malabaristas ocultos entre las sombras. La necesidad de nombrar a los malabaristas con términos familiares, hace que estos busquen su espacio más allá de los nombres, en soledad, llevando a cuestas un trozo de penumbra, siempre hallándose fuera de la realidad convencional. Hasta el mismo Mario Álvarez, de *American Visa* (de Recacoechea, 1997), se mueve en esos ámbitos, porque aunque la novela pretenda ser una crónica que ilumine toda la ciudad de La Paz, este personaje se mueve a la sombra de una mirada de otro tipo, vive su odisea fuera de las verdades establecidas y los propósitos que tenía en un principio, fallan en todos los sentidos: su romance con la niña bonita, su voluntad de conseguir la visa a cualquier precio, el robo y asesinato. Finalmente, termina con la puta Blanca, planeando llevárselo a un pueblo perdido en la inmensidad del oriente. Sin embargo, su soledad, su imposibilidad de encajar, convierten a este Mario Álvarez en un cronista que se pasea por la ciudad y en su recorrido construye La Paz desde su propia visión, la distorsiona, la fragmenta y la hace material de sus malabares, mientras la convierte en testigo de su soledad.

Los malabaristas construyen sus escenarios, narran sus historias y ofrecen un variado espectáculo. Su capacidad de situarse en un espacio alejado de la realidad convencional los convierte también en observadores con la capacidad de desprenderse de sí mismos y vivir a través de aquellos

que lo rodean. Estos malabaristas, cuyos hogares están en el umbral de algo, se entretienen narrando las historias de una cantante de boleros o de alguna cabaretera con ínfulas de estrella de Hollywood o de unos turistas perdidos en la ciudad, en *Tres tristes tigres*, de Guillermo Cabrera Infante. Porque, además de ser constructores de espacios, actores y narradores, los malabaristas tienen música propia con la cual identifican a sus ciudades. La ciudad en cuestión esta vez es La Habana pre - castrista. Y el personaje es un periodista acabado, sobreviviendo a duras penas, que deambula por las noches a través de clubes nocturnos y bares:

Dije que este cuento no tenía nada que ver con Cuba y ahora tengo que desmentirme porque no hay nada en mi vida que no tenga que ver con Cuba, Venegas. Esta noche de que estoy hablando yo había ido al Sierra con el pretexto de oír a Beny Moré, que es un pretexto muy bueno, porque el Beny es muy bueno, pero en realidad yo había ido a ver a Cuba y Cuba ("la prieta más hermosa que ojos humanos vieron", dijo Floren Cassalis) es para los ojos lo que Beny es para el oído: cuando se va a verla hay que verla. (Cabrera Infante, 1983: 103 y 104).

De esta novela se desprende *Ella cantaba boleros* (Cabrera Infante, 1997), la historia de una cantante olvidada, con muchas ganas de ser famosa. La calidad de inadaptados de los malabaristas les permite crear un ambiente a su alrededor, un sitio que se acomode a sus necesidades. Estos ambientes se construyen en base a sus materiales conocidos, afines y, algunas veces, uno de esos materiales es la música. Tal el caso de ese galán de galanes, más solitario que conquistador, en *Boquitas pintadas*, de Manuel Puig (Puig, 1980), enmarcada por una tradición de tango y

milonga. Puig entronca su novela en la tradición de la cultura popular urbana latinoamericana de los años cuarenta, apoyándose en los iconos de la época: radionovelas, fotonovelas, cinematógrafos, cantantes de cabaret, llegando, incluso, a incorporar letras de canciones como apertura de cada capítulo, a manera de contrapunto musical y haciendo uso del mismo recurso a la hora de narrar la muerte de Juan Carlos Etchepare, convirtiendo el episodio en una mezcla de boletín radial de último momento, anuncio necrológico de periódico y letra de milonga, con las repeticiones corales de rigor:

(...). El día sábado 18 de abril de 1947, a las 15 horas, Juan Carlos Jacinto Eusebio Etcheparre dejó de existir. (...).

El ya mencionado día sábado 18 de abril de 1947, a las 15 horas, Nélica Enriqueta Fernández de Massa pasó un trapo enjabonado por el piso de la cocina de su departamento en la Capital Federal. (...).

El ya mencionado día sábado 18 de abril de 1947, a las 15 horas, María Mabel Sáenz de Catalano, aprovechando la presencia de su madre en la Capital Federal para celebrar juntas la Semana Santa, la dejó a cargo del lavado de la cocina (...).

El ya mencionado día sábado 18 de abril de 1947, a las 15 horas, los despojos de Francisco Catalino Páez yacían en la fosa común del cementerio de Coronel Vallejos. (...). (Puig, 1980: 220, 221).

Lo que hacen Guillermo Cabrera Infante y Manuel Puig es convertir la música en un eje principal en torno al cual giran varios elementos, la ciudad se vuelve música, los personajes son música y, principalmente, esos bares oscuros y misteriosos, esos cabarets polvorientos, y los que a ellos concurren, están hechos de música. La soledad nunca es más intensamente tangible que cuando está cantada, interpretada, escuchada.

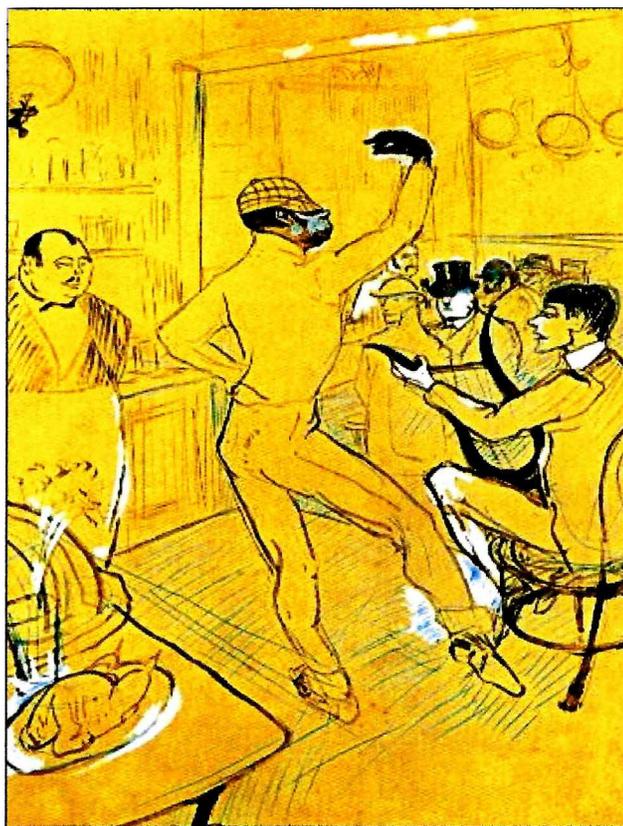
La música cuenta historias, es toda una representación artística que tiene algo de fanfarria, las luces e instrumentos, y algo de visión muy individual del malabarista que la interpreta. El escenario de estas inusuales representaciones es una especie de circo móvil, un tiovivo, y la música es el coro de fondo que acompaña a los malabaristas, interpretando cada uno su papel de observador, de observado o de observador de sí mismo.

Los malabaristas, como ya se ha dicho, padecen de una especie de complejo de superioridad que les hace pensarse diferentes, individuos únicos; pero también les hace depender del resto en orden de tener un público a quien mostrar su individualidad. Tienden a hacer de su soledad un espectáculo, necesitan de una audiencia, pues la vida como completos ermitaños les quitaría su cualidad de malabaristas de la noche. Sí, la soledad es un territorio conocido, pero a veces tiene que ser compartido:

*Soy una puta exprimiendo orgasmos
A la impotente calentura de mis puercos prójimos
Y soy un corazón de yeso hecho pedazos
Aún latiendo desacompasadamente
Cuando escucha una cumbia del altiplano
En la alta infidelidad de la memoria
Chicle masticado más allá del cansancio
Desabrido sabor de mi futuro
Abrazo de mis dientes con la vida.
Soy una puta y a cualquiera pagaría
Por aguantar su soledad junto a la mía.
(Barriga, 1984: 4).*

Existe una especie de relación amor - odio entre la gente convencional y los malabaristas, se necesitan mutuamente. Hay lazos que unen el espacio urbano usual, con aquel construido en base a escombros. Casi a manera de una pintura impresionista, la ciudad de los malabaristas está

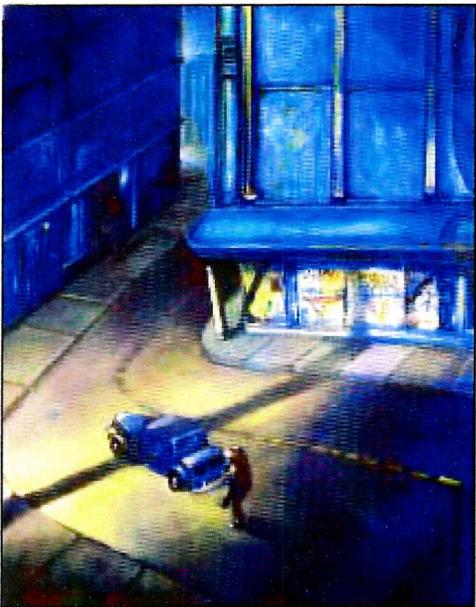
desdibujada, la claridad y la limpieza de la línea ceden ante la difuminación y la sombra. René Bascopé Aspiazu, en su cuento "Ventana", desdibuja el rostro de una mujer, lo idealiza hasta la exquisitez sólo para deformarlo al final en la sardónica mueca de un maniquí. Pinta una realidad impresionista, para acabarla con violentas pinceladas que la difuminan. De hecho, es un postimpresionista quien mejor recoge estas imágenes de ciudad fuera de foco: Toulouse Lautrec.



Henri de Toulouse-Lautrec
CHOCOLAT EN PLENO BAILE

Sus dibujos desdibujan imágenes y las convierten en esbozos inacabados en los que se adivina, se presiente, pero no se comprueba. Imágenes de bailarinas, de prostitutas, de caballeros y de bufones pueblan las obras de

Toulouse Lautrec, todos ellos enmarcados por el famoso y bohemio cabaret Moulin Rouge. En cambio, el pintor paceño Edgar Arandia pinta su ciudad con la nitidez y los artificios estructurales de la tira cómica, pero lo hace con tonos oscuros y representando callejuelas y antros en los que habitan seres totalmente incongruentes, bailarines de presté, jugadores de billar, dipsómanos, tratando de mostrar unos cuantos fragmentos de un mundo desconocido.



Edgar Arandia
LA PERVERSA LUZ DEL INVIERNO



Edgar Arandia
LA CICATRIZ

Los colores se hacen desvaídos, como queriendo mostrar su brillo por contraste con su propia opacidad. A su manera, también desdibuja la ciudad, la oscurece y la vuelve sórdida. Este desdibujo se constituye en la visión de los malabaristas de la noche, una visión fragmentaria que ofrece esbozos, retazos, renunciando a mostrar imágenes ilusamente completas:

(...) lo que esto significa, en toda su hondura, podría explicarse por paradoja, pues muchas veces, como es

bien sabido. la destrucción de una ciudad ha sido la verdadera causa de su definitiva permanencia. Extrañamente, querrá decir que una ciudad es indestructible. (Saenz, 1979⁽²⁾: 9).

Esos bocetos de ciudad construida por los malabaristas, fragmentada en el conventillo, alcoholizada en la bodega, hecha canción y radionovela, forman parte de una visión desde la distancia, desde la penumbra. Son la evidencia de una imposibilidad de alcanzar significados últimos e inalterables. Algunos pueden inquietarse ante este hecho, pero no pueden negar que desde los resquebrajados conventillos, desde las oscuras bodegas o las ruidosas chinganas, el malabarista de la noche construye una especie de alma de la ciudad. Lleva su calidad de artista de circo vicioso, circo nocturno, como una naturaleza secreta que tiñe todos los aspectos de su vida, el lugar donde vive, la ropa que usa, los sitios que frecuenta. Prefiere la penumbra de la noche, pero no se niega a caminar en la claridad del sol, entre multitudes de personas, pero siempre abrazando su soledad, sin importarle encajar en ningún grupo ni queriendo depender de ninguna colectividad. El malabarista de la noche se las ingenia para juntar las piezas del rompecabezas y armarlas de modo diferente cada vez que puede y mostrarlo a quien le interese. Pero la urbe es demasiado grande, demasiado laberíntica para abarcarla toda y el espectáculo es tan cambiante que lo único que le queda es habitar y construir ciertos espacios olvidados, la bodega de *Felipe Delgado*, el conventillo de *La noche de los turcos*, la oficina pública de *Fábulas contra*

la oscuridad. Posee la cualidad de ver el mundo desde diversos ángulos y de revertir algunos significados, ironizarlos y hacerlos paradoja:

*Felices los normales, esos seres extraños.
 Los que no tuvieron una madre loca,
 Un padre borracho, un hijo delincuente.
 Una casa en ninguna parte, una enfermedad desconocida,
 Los que no han sido calcinados por un amor devorante,
 Los que vivieron los diecisiete rostros de la sonrisa y un poco más.
 Los llenos de zapatos, los arcángeles con sombreros,
 Los satisfechos, los gordos, los lindos,
 Los ríntintín y sus secuaces, los que no cómo no, por aquí,
 Los que ganan, los que son queridos hasta la empuñadura,
 Los flautistas acompañados por ratones,
 Los vendedores y sus compradores,
 Los caballeros ligeramente sobrehumanos,
 Los hombres vestidos de truenos y las mujeres de relámpagos,
 Los delicados, los sensatos, los finos,
 Los amables, los dulces, los comestibles y los bebestibles.
 Felices las aves, el estiércol, las piedras.*

*Pero que den paso a los que hacen los mundos y los sueños,
 Las ilusiones, las sinfonías, las palabras que nos desbaratan
 Y nos construyen, los más locos que sus madres, los más borrachos
 Que sus padres y más delincuentes que sus hijos
 Y más devorados por amores calcinantes.
 Que les dejen su sitio en el infierno, y basta.
 (Fernández Retamar).*

Los malabaristas de la noche pueden detectar la anormalidad de lo convencionalmente normal. Su visión se amplifica al grado de hacerles percibir varias realidades donde aparentemente hay una sola y mantener ideas tal vez opuestas, conservando la capacidad de funcionar. El escepticismo, el desapego con que estas entidades se enfrentan al mundo, a la colectividad, evidencian más un tipo de paradójica lucidez que los lleva a cuestionar y descreer de valores colectivos pero que, a su vez, les hace mantener la fe en su propia condición de malabaristas. Tienden a

resumir en sí mismos un espíritu contradictorio que, en su más superficial faceta, podría parecer deprimente, apocalíptico y derrotista. Pero, después de todo, el circo que habitan es un festejo, un espectáculo del que son actores y audiencia de una puesta en escena que continúa cambiando ante la mirada de los malabaristas de la noche, cuya lucidez consiste en reconocer este incesante cambio y renunciar a la idea de alterarlo.

BIBLIOGRAFÍA

Barrera Linares, Luis y Pacheco, Carlos, DEL CUENTO Y SUS ALREDEDORES, Monte Ávila editores, Caracas, 1992.

Barriga, Julio, UNO, Gráfica marginal "La covacha", Antofagasta, 1984.

Bascopé Aspiazú, René, LA NOCHE DE LOS TURCOS, Alcaldía de La Paz, Casa de la Cultura, La Paz, 1983.

---., LA TUMBA INFECUNDA, Los Amigos del Libro, La Paz - Cochabamba, 1997.

Cabrera Infante, Guillermo, ELLA CANTABA BOLEROS, Alfaguara, Madrid, 1997.

---., TRES TRISTES TIGRES, Seix Barral, Barcelona, 1983.

Cárdenas, Adolfo, CHOJCHO CON AUDIO DE ROCK P'SSAHDO, Ediciones d' la Piut, 1992.

---., FASTOS MARGINALES, Vidrio molido ediciones, La Paz, 1989.

Céspedes, Augusto, SANGRE DE MESTIZOS, Editorial Juventud, La Paz, 1983.

De Recacoechea, Juan, AMERICAN VISA, Los amigos del libro, La Paz - Cochabamba, 1997.

Fernández Retamar, Roberto, FELICES LOS NORMALES, en Presencia Literaria (?).

Joyce, James, DUBLINESES, Seix Barral, Barcelona, 1983.

---., ULISES, Santiago Rueda, editor, Buenos Aires, 1962.

Nisttahuz, Jaime, FÁBULAS CONTRA LA OSCURIDAD, La Paz, 1984.

O 'Henry, CUENTOS DE NUEVA YORK, La gaya ciencia s. a., Barcelona, 1974.

Prada, Ana Rebeca, "La ciudad en el cuento boliviano desde 1952" en CORREVEYDILE, Revista boliviana de cuento # 6, La Paz, enero - marzo, 1998.

Puig, Manuel, BOQUITAS PINTADAS, Seix Barral, Barcelona, 1980.

Saenz, Jaime, FELIPE DELGADO, Difusión, La Paz, 1979¹⁾.

---., IMÁGENES PACEÑAS, Difusión, La Paz, 1979⁽²⁾.

---., LOS CUARTOS, Ediciones Altiplano, La Paz, 1985.

---., OBRA POÉTICA, Biblioteca del Sesquicentenario de la República, La Paz, 1975.

Scott Fitzgerald, Francis, CUENTOS, Alfaguara, Madrid, 1998.

---., EL GRAN GATSBY, Oveja Negra, Colombia, 1984.

UNA NOCHE MAS EN EL PARAÍSO

Maria Libertad Cárdenas Carrasco
Tutor: Dr. Juan Carlos Orihuela

ÍNDICE

LAS PUERTAS DEL PARAÍSO	1
LUCHITO	5
TARDE SIN LLUVIA	8
LOS DÍAS FELICES ESTÁN AQUÍ OTRA VEZ	11
UN DÍA EN LA VIDA	15
UNA DAMA EN LA NOCHE	18
SARA	20
LAS CANCIONES TRISTES SON PARA LOS DÍAS LLUVIOSOS	23
DE VUELTA EN EL PARAÍSO	26
EL HOTEL DEL RAYO DE LUNA	28
OPINIONES DE UNA DAMA	32
BÉSAME MUCHO	35
UN HOMBRE DE NEGOCIOS	38
AVE NOCTURNA	41
FLAMINGO STAR	44
UN DOMINGO SERENO	48
UNA NOCHE MÁS EN EL PARAÍSO	53

LAS PUERTAS DEL PARAÍSO

Aún recuerdo las hojas de partitura llenas de claves y notas. Los maestros del conservatorio decían que yo tenía talento, pequeño pero lo tenía. De hecho participé en varios conciertos y en un par de ocasiones hasta me dejaron tocar un solo. Las cosas eran diferentes entonces, todavía tenía mis sueños, quería conseguir alguna beca para irme a tocar en otros escenarios, aunque no fueran grandes ni conocidos. Se trataba de usar mi modesta habilidad para hacerme conocido y actuar como si de verdad tuviera un gran talento. El resto, como ocurre en las historias de fama y fortuna, vendría después.

El tiempo pasaba mientras yo vivía en la inminencia de algún suceso, algo que sólo podía pasarme a mi. Cada mañana despertaba con la seguridad de que ese día era el día. Al caminar por la calle sentía que todo el mundo me miraba y casi esperaba que alguien se detuviera a preguntarme "¿acaso es usted el famoso pianista...?". Nunca salía sin mi bolígrafo en caso de que hubiera algo que firmar, un contrato, una dedicatoria, cualquier papel que demostrara el gran artista que yo era. Pero este gran artista se olvidó de que tenía que comer, pagar la luz y todas esas cosas tan vulgares. De algún modo me las tenía que arreglar para vivir, porque ya no había mamá o papá o dadivosos tíos que estuvieran dispuestos a alentar mi talento con billetes. Mi salvación monetaria se presentó en forma de aviso en el periódico o volantes callejeros que ofrecían los servicios variados de un músico con experiencia. Entonces comenzó la ronda de contratos para amenizar todo tipo de eventos.

Lo que más me gustaba eran las bodas, porque iba a tocar melodías fáciles en los descansos de la orquesta o de los equipos de amplificación y

de paso podía servirme una cena completa. Tenía la suerte de que la gente que contrataba a un pianista para esas ocasiones era tan pretenciosa que no se atrevía a negarse a que yo entrara a la cocina de los locales y, por más rabia que sintieran, me dejaban marchar con los bolsillos llenos de torta aplastada. Además estaba el bono del espectáculo, novias desesperadas por lucir más hermosas que nunca por esa única vez, novios embutidos en trajes aparentando ser elegantes. Y, por sobre todo, estaban los invitados, las viejas contentas de sólo mirar, los viejos borrachos y los más jóvenes condenados a bailar, a divertirse y a sonreír porque si no eran aburridos o estirados.

Me contrataban también para presentaciones, conferencias, exposiciones y la gente que iba a esas cosas era siempre la misma. Todo el tiempo listos para la fotografía de crónica social, demostrando lo cultos que eran, lo sofisticadamente bohemias que eran sus actividades. Hacían los mismos mohines ante cuadros, libros o aperitivos y opinaban con suma autoridad sobre todo. Yo alzaba cómodamente mi nariz y me sentía muy por encima de ellos, después de todo yo era un gran artista. Luego, tranquilamente, me dirigía a un restaurante donde tenía contrato fijo para tocar mientras la gente comía. Ahí me dedicaba a tocar para desaparecer, canciones ni muy alegres ni muy tristes que eran fáciles de digerir junto con el asado de la cena. A veces me divertía mirando a la gente y pensaba que algún día estos trabajos iban a pasar a formar parte de toda una colección de anécdotas archivadas en mi remoto y tal vez misterioso pasado.

De vez en cuando iba al conservatorio a ver si había algo, veía los antiguos rostros que me habían enseñado convencionalmente. **Así** conseguía participar como invitado en conciertos de cámara, en pequeños recitales y, una que otra vez, en el teatro. Pero las sinfonías y oberturas se atascaban en mis dedos cada vez más habituados a los boleros o a los

tangos. Ese pequeño trozo de talento parecía estar esfumándose ante los ojos de mis colegas concertistas. Aún así, todavía quedaba gente que decía que yo tocaba como los ángeles. Pero los ángeles también se merecen llorar de vez en cuando; mis ambiciones y mis sueños se habían quedado archivados bajo una tediosa pila de facturas vencidas. Estaba tan desesperado en esos días, que hasta pensé en componer algo original que me devolviera mis halagos y mi público. Sin embargo, los pentagramas quedaban invariablemente a la mitad, porque esa clase de talento no lo podía actuar ni me lo podía inventar. Los contratos para amenizar eventos seguían llegándome con regularidad y yo empecé a rechazarlos sin ninguna razón, prefería quedarme sentado en el piso de mi cuarto con ventanas hacia al calle, mirando la luz azul de las tardes mezclarse con el amarillo de los focos de alumbrado público. Todavía me quedaban fuerzas para soñar un poco pero eran quimeras imposibles que no me consolaban y todo lo que me quedaba al final era la nostalgia por sucesos que nunca me habían pasado a mí. Hasta que un día no encontré más que pelusa en mis bolsillos que no me servía para pagar y tuve que salir a recorrer diversos cuartuchos y pensiones baratas en las que no me quedaba lo suficiente como para saludar a alguien en las mañanas o conocer el nombre de los propietarios.

Y un día sucedió, llegué aquí por casualidad, por azar, por destino, quién sabe. Caminaba por la calle buscando un nuevo lugar para habitar por unos días y vi el letrero sucio donde no se leía nada. Pensé en tomar algo y entré a ocupar una de las mesas. Me sentí cómodo en medio de esos pocos extraños que apenas me miraban. En un rincón apartado se veía una especie de tarima, casi como un escenario y sobre él había un bulto cubierto por lonas y trapos sucios. Por alguna razón el bulto llamaba mi atención y sin que los meseros me vieran me acerqué a ver qué había debajo; las familiares teclas se aparecieron tentándome. Pregunté

pero nadie sabía nada así que me quedé esperando por el dueño hasta que casi a la hora de cerrar se apareció, era un caballero desinflado y me dijo que no necesitaba a nadie, que ninguno de los clientes había extrañado al viejo y desaparecido pianista que solía tocar, herencia de un tiempo demasiado pasado y demasiado idílico como para que alguien se acuerde. Pero, después de unos ruegos y unas humillaciones sin mucha convicción, accedió a que yo ocupara el puesto. La paga era mala pero lo mejor seguía siendo el bono del espectáculo. La gente venía a sentirse menos miserable mirando las miserias de los demás y yo me sentía menos miserable al estar observándolo todo desde mi propio escenario.

Así ha sido desde entonces, las personas ya no parecen mirarme, soy yo quien mira. Ya no tengo que actuar al gran artista ni pretender tener talento, ya no tengo ningún bolígrafo porque nunca espero escribir nada. Simplemente me limito a un repertorio desgastado, ideal para los parroquianos de costumbre que no se dan cuenta de mi existencia. Cada noche en frente de este piano es una noche más en el paraíso.

LUCHITO

... y el otro se tragó toda la cosa,. eso de que uno fue y me dijo que qué bonita voz y qué linda figurita, con un pelo y una piel como los tuyos no necesitas hablar, sólo cantar. Y que luego yo me vine con él a actuar en un montón de bares y clubes y sólo a él le pagaban y que después me dejó sin nada. Pero tú sabes que yo de canto ni el arorró. Total que nunca me va a pedir que cante, no es como el subsecretario que no para de preguntarme de mi mamá y que si me pegaba porque mi papá prefería estar en mi cama o porque le dolía más a ella que a mi. Si supiera que mi padre sólo dejó el polvo tras de él y que mi madre se contentaba con que su café se lo sirviera tinto y bien caliente.

No, yo no soy como mi madre, yo soy rubia natural. Al menos eso es lo que cree el Freddy, ese policía que viene a veces. Como si alguien pudiera ser así de rubia. Y cree que mi padre fue un suizo que vino a hacer voluntariado y se prendó de mi madre. Pero la voluntad se le acabó ahí y para no cargar a la vergüenza mi madre la abandonó en el convento. Fue así que yo me crié entre madres, hermanas y sores. Y de no haber sido porque el convento ya no tenía fondos ni fondillos, yo hubiera terminado en monja y no me hubiera desviado por la mala senda. Ya me veo yo pelona y con toca. Pero al Freddy le encantan mis cosas y hasta me dio un rosario para que lo cuelgue sobre mi cama y no sabe que a veces me lo cuelgo al cuello, es que es de un morado tan bonito y combina tan bien con mi vestido de lacitos.

Pero el que más me gustaba era el viejo del auto azul. Ese que vino dos veces y dijo que no le gustaba que tú nos estuvieras mirando, que le parecía estar en el cuarto de su hijito y eso no lo animaba mucho que digamos. Ese sí que era de tener, no sé ni cómo tuve la suerte de

encontrármelo esa noche y hasta me invitó a su mesa. Se notaba a la legua que era un tipo bien así que yo no tenía por qué hacerme menos. Le dije que si yo estaba ahí era por la mala suerte, porque en realidad era bailarina en el Tropicana o en el Lilian's o en algún otro club nocturno famoso que todavía exista. Entraba al escenario vestida de pavo real a mover las caderas hasta que por un problema de estirones ya no pude bailar más y tuve que salir de ahí y acabé aquí. Y él pensando que yo era una ex estrella del show mientras que yo te tenía que esconder debajo de la cama para que las cosas le florecieran ahí abajo.

El viejo este, me dijo y todo que quería hacer de mi una mujer decente y alejarme de esta mi vida fácil. Con sus dos o creo que tres visitas ya se creía que podía ocuparse de mi. Y yo nada, para qué iba a decirle que sí. Seguro que me hubiera puesto un cuarto igualito a este sólo para tenerme más a mano y en una nada ya me hubiera estado diciendo ay hija, lavamelo este par de medias, dejaré este pantalón y esta chpmpa aquí, para cuando haga frío. Mientras que yo ocupada en amontonar mi ropa para dejarle su espacio, poner la estufa para que no le haga frío, ir a comprar su cena de la kioskera, mandar sus trajes a la limpieza, pagándole yo y agradeciéndole yo por la bondad de escogerme, de sacarme de las calles. Eso sí, sin quejarme porque si no, ya callate grandísima que de un sopapo te puedo mandar a la otra cuadra a que alguno te abra las piernas con dos pesos. Y seguro que cada vez que hubiera venido a visitarme empezaría con la cantaleta de que no le gusta que tú nos estés viendo, que lo pones nervioso y no sabe a dónde mirar. Claro, después de darme mi merecido habríamos bajado y yo lo acompañaría hasta la esquina pero no más lejos para que nadie nos vea y para que yo no lo vea entrar a la pastelería y salir con una caja grande para contentar a su conciencia, a su esposa y a sus hijos. Mientras que

yo, subiendo al cuarto con mi bolsa de c'aucas a apagar la estufa para que no pague tanto de luz.

Ah no, yo prefiero estar sola, agobiarme por no agobiarme con desilusiones. Sola y contigo. Si yo trabajo tan duro, tú lo sabes mejor que nadie, tú sabes que tengo que ser cierto tipo de persona para poder despertar al día siguiente y seguir como si nada, quedarme en blanco y rellenar lo blanco en la noche. Me gano mi pan sola con el sudor de mi frente, aunque el pan sea rollo de queso y el sudor sea de mi entrepierna. Si hasta me alcanza para mandarle un par de zapatos de vez en cuando a mi madre que tanto me sirve para interesar. La pobre vieja, si sabrá lo que la pinto y la repinto. Si ya no más debe estar vociferando contra sus perros pekineses.

Yo todavía aquí, si ya son casi las once y media y ni estoy vestida, cómo se me va el tiempo hablando contigo. Para cuando llegue seguro que sólo van a haber borrachos durmiendo en las mesas y voy a tener que apañarme con algún fulano con su aliento de días que ni si quiera me va a dar para el taxi. Ni modo, te dejo sentado velando mi cama. Mañana como es mi día libre voy a quedarme a dormir contigo y si me alcanza te voy a llevar a la limpieza porque ya estás un poco manchado. Tal vez hasta te cosa el botón ese, aunque mejor no porque así parece que siempre me estuvieras guiñando el ojo como diciéndome que vas a guardar nuestro secreto. Me voy, chau Luchito.

TARDE SIN LLUVIA

Ya eran casi las cinco y afuera no llovía. Todo el día había estado nublado, con viento y en la calle de vez en cuando caía una gota de ninguna parte, pero no llovía. Adentro, por entre las mesas, flotaba una humedad espesa. La luz de las lámparas era la misma de siempre pero de algún modo parecía mas tenue. Las dos viejas se arrebuajaban en sus abrigos musgosos y no paraban de llenarse la boca con enormes copos de crema y seguían imprimiendo en las tazas su lápiz labial untuoso. Eran las únicas clientas a esa hora.

Yo estaba sentado al lado de la puerta de la cocina, donde hacía algo de calor. Me preparaba para lo que se venía en la noche, cuando la pareja de extraños entró. Se acomodaron en una mesa cerca de la tarima, donde la oscuridad era mas manifiesta, y casi de inmediato dejaron de lado sus caras de portada y sus poses de civiles elegantes; se concentraron en aquello para lo que habían venido a un lugar al que seguramente no volverían. Él parecía hastiado de seguir almacenando futuros recuerdos y ella era una especie de ausencia amable.

De pronto, una serie de imágenes comenzó a moverse por todos los rincones, imágenes de lo que tal vez era su vida y yo podía verlas como un único y mudo espectador del que ellos no tenían conciencia. Y vi las sonrisas ácidas de la mañana, con el café , las cuentas y los silencios. "No, no... aún no", él susurrando al teléfono alguna tarde tediosa y ella escuchando al otro lado de la línea, apretando con fuerza el auricular. De vacaciones, paseando con trajes ligeros, claros, como un par de despreocupados bañistas, mientras un sol tardío iluminaba a mujeres en

vestidos de algodón y a chiquillos pecosos; duomiendo luego en una cama afelpada, arrullados por el calor de la tarde lejana.

- ¿Qué pasa, dulzura?, ¿qué es?

- ¿Qué es qué?

Pero él sabía la respuesta y a ella no le interesaba contestar. El resplandor decaía y los claros y livianos trajes yacían colgados en el fondo del ropero, sin nadie a quien le interesara usarlos.

De repente, una pequeña bola de pelos rojizos pasaba corriendo a un lado de mi silla y casi iba a estrellarse contra la barra. Porque ellos amaban a los perros, les gustaban los perros más que los niños y sus caras se ponían largas cuando veían alguno hambriento y huesudo. No sólo era sobre qué superficiales, qué vacíos están, sino el modo en que ella estaba con él, la manera en que se buscaban entre las personas y se sentían complacidos de que los vieran encontrándose, tomándose de las manos. Ella, dejando de pretender que todo era perfecto, y él conservando una pizca de dignidad. O quizás era el hecho de que él no podía encontrarla en su propia habitación cuando estaban solos, no podía contra su callada tranquilidad y rumiaba sus miserias solo.

Estaba la casa, por supuesto. Las gradas de la casa donde se sentaba ella con las manos en las mejillas. Él abría la puerta en su abrigo con bolsillos repletos de papeles, cartas y números. En el comedor estaba la ensalada de costumbre, las evasiones y el agua mineral del almuerzo. Muchas veces no hablaban, solo se miraban pretendiendo que una mirada lo decía todo cuando en realidad decía cosas muy diferentes. Ya no existían palabras comunes, solo besos huecos y una colección de porcelanas ordinarias.

De vuelta en su mesa, los labios de ambos apenas se movían. Ella había estado jugando con una servilleta que a momentos era un cuadrado, a momentos un triángulo, otro más pequeño hasta que estuvo toda

arrugada y retorcida; finalmente cayó al piso cuando ella se levantaba. Caminó hacia la puerta sin volverse siquiera una vez y las dos viejas no podían quitarle la vista de encima.

Él se quedó sentado y por la dirección de su vista supe que veía lo mismo que yo, que lo estuvo viendo todo el tiempo. Un destello extraño bajaba por todo su rostro mientras las imágenes brillaban y producían sombras; los números y las cartas estaban ahora impresos en su frente, no quedaba una línea que no tuviera su razón escrita en papeles, su pelo escaseaba y por primera vez se sintió vacío y viejo. Solo sus ojos mostraban el vigor que una vez habían tenido cuando se fijaron por última vez en ella, mientras caminaba y se perdía por detrás de la puerta. Y ni el paraguas que había traído podía guarecerlo de la tormenta que lo estaba empapando. Pero afuera aún no llovía.

LOS DÍAS FELICES ESTÁN AQUÍ OTRA VEZ

Lo acepto, no era la mejor peluquera del mundo. Ni si quiera era la peor, porque hasta para ser mala hay que tener maña. Pero tenía que tratar de hacer otra cosa porque las noches de desvelo ya me estaban matando. Así que sin que se entere el Tío me metí a esa academia a hacer primero dibujos en cartulina de cabellos lacios, encrespados, ondulados, peinados con moño y luego me pusieron a hacer eso en cabezas de verdad, todo puro líquido apestoso y bigudíes. A eso de las cinco de la tarde empezaban a llegar las modelos y le pedían a una que les haga unos cortes de revista o unas bases sueltas, efecto mojado, que nunca salen. Y una tenía que mirar y remirar las instrucciones del manual y procurar no cometer un crimen con las tijeras o por lo menos no cortar ninguna oreja. Como yo no soy ninguna idiota les decía al terminar que sí, es por el líquido, para mañana se va a bajar, o sí, es porque está recién cortado, cuando se lo lave va a quedar igualito que en la foto, total no pagaban ni un centavo. Así salían las modelos, con la cabeza cubierta de rizos apretaditos o con un lado del pelo más largo que el otro.

Pero así y todo me dieron un cartoncito y unas chicas que se habían hecho mis amigas van y me dicen que tienen un local y que yo sólo tenía que poner una cuota para comprar secadoras y bañadores y listo, ya teníamos nuestro salón de belleza. Los primeros días ni un alma. Apenas alguna vieja con el hocico arrugado que se asomaba, miraba de arriba para abajo y no entraba. Pero luego las vecinas de por ahí ya nos conocían y venían a cortarse las puntas, a que les saquemos los picados o a que les hagamos el cerquillo. Yo toda chocha porque las chicas se ocupaban del

trabajo pesado mientras que yo lavaba los cepillos, los rúleros, los bañadores y a veces hasta algunos pelos. Lo que sí era fregado eran los viernes, los sábados y los domingos en la mañana. Porque el local paraba lleno y yo tenía que trabajar en serio para que las señoras no se queden esperando y tratar de que esos peinados llenos de bucles y vueltas se pararan por sí solos sin necesidad de palitos o redes. Pero las doñas que venían tampoco eran unas perfeccionistas y me pagaban sin hacer mucho lío.

Lo peor de los fines de semana era tener que salir corriendo a eso de las nueve, nueve y media de la noche, después de que la última ya se había ido. Entonces llegaba a mi cuarto toda sofocada a cambiarme volando para llegar justito a tiempo, cuando el Tío ya se estaba impacientando en frente de su cerveza, me miraba con unos ojos... y luego me decía con quienes ir. Siempre acababa con esos funcionarios de medio pelo que no me pagaban el precio completo y después el Tío venía de madrugada a quitarme por lo menos la mitad. Yo ya estaba harta de darle tanto a ése.

Pero el salón me daba nomás y como si nada ya tenía una cantidad que me alcanzaba para irme de ese cuarto. La señora que cobraba el alquiler no se lo creía cuando mis cosas ya estaban encajonadas y yo parada en la calle haciendo señas para que pare un taxi.

Ayy hija, tu tío se va a molestar - me dijo rascándose debajo de la pañoleta.

No doñita, ni se va a enterar, usted nomás no le diga nada - le dije yo. Las chicas del salón me lo habían conseguido un cuarto que era más cerca y yo pensé que era bien lejos del otro lugar y que estaba bien. Así que por un tiempo me arreglé con los peinados kilométricos y con las rasuradas de nuca. Llegábamos tempranito a peinarnos entre nosotras para parecer bien arregladas y cuando las señoras entraban nos poníamos a charlar

con ellas de todo y de nada. Yo tranquila porque no tenía que correr a ningún lado ni cambiarme ni regatear sobre mis calzones. Ya nos sabíamos la vida entera de las vecinas que iban al salón y nos enterábamos de cada quince o matrimonio que había, a veces nos invitaban y todo.

Pero no sé de cómo, el Tío comenzó a rondar por donde yo vivía. Le dijo a mi casera y a las chicas que era un pariente y que me estaba buscando de urgencia. Ellas me daban los mensajes y yo me hacía a la loca hasta que me lo encontré cara a cara. No serían más de las seis y ya estábamos cerrando el salón porque no había nadie, era un martes. Al irme nomás me lo topé en la calle y todo amable me dijo que me quería invitar a tomar el té para que hablemos. Pero no me habló para nada hasta que ya estábamos en la puerta de donde yo vivía. Entonces de un empujón me metió y ya se le fueron las manos y me tumbó al piso. Me dijo que no sé cuánta plata yo le debía y que si no volvía con él me iba a denunciar a la policía y todo lo del salón lo iban a embargar porque ese era su dinero. Luego me vino con lo de cómo pues me voy a escapar así, como una ladrona, que si me quería ir yo era libre pero antes le tenía que responder de mi deuda y todas esas cosas.

Ya se me hacía a mí que me había librado muy .fácil así que sin chistar otra vez mis cosas las he puesto en cajones. Otro taxi de vuelta por donde había venido. Así como así, de nuevo estaba en el cuartito de siempre y mientras acomodaba mis cosas de nuevo, el Tío vino a recordarme de un pellizco que esa noche tenía cita con unos oficinistas en el lugar de costumbre.

Me estaba alistando y ahí se apareció la señora del alquiler para decirme: - Por fin vuelves, tu tío estaba bien preocupado, todos los días venía a preguntarme...

Yo asentía con la cabeza nomás y ella dale que dale a hablar, a contarme lo que había pasado mientras no estaba y que por favor mañana le tiña sus raíces y le pinte las uñas. Hablaba y hablaba la señora mientras me ayudaba a desencajonar mis cosas; yo sólo pensaba que los días felices estaban aquí otra vez y tenía que acostumbrarme de nuevo.

UN DÍA EN LA VIDA

A él le habría resultado difícil decir cuándo fue exactamente que entró a ese lugar por primera vez, aunque no era hace mucho tiempo. Y en definitiva, sus noches habían ido desenvolviéndose alrededor de la nueva rutina; era como una obligación, la obligación de tener algo que hacer a determinada hora. Últimamente todo giraba en torno a esa obligación, los libros usados, las carreras soñolientas de mañana junto a otros soñolientos pasantes con maletines, la desesperación de ponerse encima algo que no pareciera terriblemente arrugado o excesivamente planchado.

En cuanto entraba le parecía sentir todas las miradas sobre él, aunque los otros estuvieran demasiado absortos en la contemplación de su propia angustia. Pero siempre había alguno, siempre había una voz que finalmente llamaba y él, en secreto al menos, estaba de acuerdo, asentía. Todo era como cada noche, siempre era como cada noche. Las voces se elevaban hacia el techo, todo el mundo hablaba y nadie decía nada, él tampoco y no paraba de hablar. Mientras tanto, la música comenzaba y terminaba, salía de ese viejo piano que le había llamado la atención las primeras veces y que ahora estaba invisibilizado por la costumbre.

La charla continuaba, los vasos iban y venían y su seguridad misteriosa como que se desvanecía por un momento ante lo incontestable del ¿por qué no? Y bueno, ¿por qué no?, se preguntaba él en voz baja y sin afectación. Trataba de olvidar todos los "...en caso de..." que habían existido antes de que ese lugar se le hiciera una costumbre. Pero estaba solo y se sentía solo, estaba con otros y se sentía solo, había elegido estar

sólo. Su única compañía eran esas voces que no le sugerían nada, que no le recordaban nada. Porque después de todo tenía que seguir moviéndose, tenía que rodar con ello y tenía que acudir a su obligación de todas las noches.

Esa noche la cosa duró hasta que las otras sillas yacían sobre sus mesas. Todo el tiempo él había estado mirando casi con ternura el resto de líquido que aún se asentaba en su vaso. Estaba hablando de tendencias, colores y texturas, de algún discurso en el periódico o de un sabor que había sentido. Los otros lo escuchaban y él les sonreía y se sonreía a sí mismo, porque de verdad no decía nada, nunca nadie iba a saber que se había asomado al abismo un par de veces. De cuando en cuando su vista se dirigía hacia otra parte y miraba su imagen repetida al infinito en los espejos mugrientos de la barra, veía el reflejo de personas pretendiendo ser personas.

Ni siquiera sabía sus nombres, pero supuso que ellos tampoco sabían el suyo y eso estaba bien, estaba muy bien. No importaba en realidad, porque esa noche sólo quería hablar hasta que su garganta estuviera seca y un vaso más fuera a amontonarse junto a los otros, hasta que la música se acabara del todo apagada por su voz, hasta que no hubiera nadie más bajo la mesa fingiendo interés. Sólo el sitio donde estaban él y los desconocidos estaba iluminado, el resto del lugar parecía perderse entre la penumbra y el humo. Sus palabras lo llevaban hacia lugares remotos, bañados de claridad, de polvo de estrellas y de cenizas. Se sentía como un extraño robando de los sueños de alguien más y sabía que estaba mintiéndose a su propio modo; no le importaba. Por momentos, la atención se desviaba, su audiencia se enfrascaba en conversaciones de otro tipo y él tenía que seguir hablando aún que fuera para sí mismo, gritando a través del tumulto de voces embriagadas. Tenía que abrirse paso vociferando las anécdotas más fantásticas que jamás se

había escuchado contar. Su voz le sonaba distinta, parecía la cadencia de un maestro de ceremonias intentando sobreponerse a la comparsa de carcajadas extraviadas. Hasta que algo, una frase, una palabra conocida, le devolvía las miradas vacías y las voces callaban, apoyándose las caras en las palmas de manos temblorosas. Todavía quedaban reflejos de credulidad, pero el entusiasmo de su público decaía, se perdía en los ojos soñolientos y las expresiones idiotas de algunos, que no se decidían a caer dormidos en sus sillas.

De vez en cuando un impaciente espectro con delantal y escoba pasaba junto a ellos, que bostezaban y permanecían en la mesa por pura inercia o porque afuera estaba el mundo; que juntaban ánimos para decir "hasta luego" y confrontar el frío. Hasta que el "ellos" se redujo a "él" solo y el espectro tuvo que convertirse en su público por un momento. Pero esta vez, de algún modo, sus palabras brillantes y azucaradas sólo chorreaban y se esparcían por el piso. Ya no había música ni vasos, únicamente el estremecimiento de una mano tomándolo por el cuello y dirigiéndolo a la puerta. Afuera, la acera lo recibió enmudecida y no reparó en su gesto desesperado por volver a entrar a su refugio de todas las noches. Pero ahí dentro ya estaba oscuro y todo lo que podía ver era el reflejo de un farol en el vidrio. Durante un momento la puerta fue testigo de su plegaria callada. Y luego todo lo que escuchaba eran sus propios pasos solos repicando mientras algún auto extraviado cortaba el pavimento de la calle.

UNA DAMA EN LA NOCHE

A las once en punto de la noche descubro mi cara barrosa repetida hasta el infinito en los espejos mugrientos de la barra y trato de aparentar la serenidad que mis pantalones ajustados no me dejan. Mi perfume de dama boba se diluye por entre el vapor de cerveza y ceniza que emana del piso. Me retoco el peinado indefinido y creo reconocer en el reflejo de en frente a mi madre hecha trizas, gritándole a los fantasmas de aquellos que la habíamos abandonado a través de su cabello apelmazado y de sus pantuflas.

Vuelvo a mirar el reloj pero me encuentro con la cara serena del tío Lalo que me dice que ya es tarde, que ya no hay tiempo para odiar, apenas tiempo para esperar por el siguiente en la larga fila de los que se apuntan para llevarme a morir en algún cuarto prestado. Todavía no consigo que un vaso se acomode delante de mí o que una conversación vaya a archivarse al fondo de mi olvido.

La gente se hace más bulliciosa y el ruido de acordes muertos y voces apagadas me distrae por un momento. Alguien se acerca a mi taburete, avergonzado de su vulgaridad y de su camisa rayada. El tipo tiene la cara de siempre, esa cara de las doradas promesas y de las esperas interminables. Ni si quiera fingimos charlar, sólo nos quedamos a esperar un minuto o dos antes de salir del brazo como viejos conocidos. Cruzamos aceras desgastadas y por fin llegamos a la habitación olvidada.

La miseria de su aliento con aroma de alcohol barato se derrama sobre mi descolorida belleza. Mientras me quito las prendas de segunda mano, mi amante calvo se dedica a distraer su divorcio con la vida mirando las lentejuelas de mi blusa, que alguna vez eran relucientes. Las

sábanas prestadas nos aguardan y nosotros las cargamos de sueño y movimiento.

Dos extraños que viajan juntos sobre las tinieblas, cruzando el campo de batalla en el que caigo varias veces cada noche. Pero el tiempo alquilado se acaba y las paredes en ruina reciben mi último grito. Él se viste con suficiencia, desterrando de sus ademanes la inexpresable vergüenza y yo sé que ya tengo asegurado por un día más el almuerzo del tío.

Con el amanecer en las espaldas, entro en mi cuartito de alojamiento y me quito mi disfraz de ave nocturna. Encierro en el ropero desvencijado las prendas de mi pureza, que ya pasó por el mercado, y trato de recordar la noche pasada en las migas de la cena de ayer que se amontonan sobre mi velador. Empujada por el resorte de la costumbre, desentierro del fondo de mi colchón enmohecido la carterita de satén donde van a ir a amontonarse los billetes arrugados. Trato de aferrarme a ella y de no sorprenderme tanto cada vez que me rompo cuando caigo al piso. El último de mis cigarrillos ya está encendido y encuentro en el humo azul un destello del aire viciado que me atrae cada noche a las once en punto.

SARA

Entró con paso lento hasta el fondo del café y hasta el fondo del recuerdo. Para esa hora el lugar estaba siniestramente vacío; sólo la esporádica presencia de un garzón viejo limpiando la extrema viscosidad de las mesas y el piso rompía de vez en cuando la eternidad del tedio. Los pocos clientes que había se escondían en la sombra de las mesas más apartadas, algunos de ellos lo saludaron con un gesto soñoliento.

El hombre, luego de aflojarse la corbata y pedir alguna cerveza común, contempló el entorno tan apagado como su propio estado de ánimo, el piano polvoriento sobre la tarima, las botellas petrificadas en el armario de la barra y los fantasmas que poblaban el local, entre los que le parecía ver a Sara, riendo, bebiendo desmesuradamente, embriagando su amargura con tragos adulterados.

Esa misma Sara que lo encontró sin el ánimo de atenderla ni entenderla porque había sido precedida por seis. Seis hermanos mayores que se encargaron de agotar la atención y la paciencia de su padre. Sara tenía la extraña habilidad de pasar desapercibida, no sólo ante él, sino ante todos. Parecía que no necesitaba nada, siempre tan complaciente con su cara de cerámica y su sonrisa pintada. Él le agradeció en silencio que no fuera otro problema. Y la amaba, la amaba profundamente porque no tenía que ocuparse de ella.

Pero Sara no era tan fácil. Era una niña encantadora si uno se tomaba la molestia de mirarla de cerca. Buscó su soledad lejos de la casa abarrotada de platos sucios, de madres vociferando y de hermanos insufribles. Lo que encontró fue el amparo de diversos antros por donde se paseaba con su inocencia translúcida mal disimulada detrás de sus

dientes manchados de lápiz labial. Su cara de ángel atrajo a unos cuantos tipos que se sentaban junto a ella y le invitaban tragos y la llevaban a pasear y le compraban ropa, tal vez les recordaba a sus propias Saras, sumidas en la tarea de maquillarse y perfumarse mientras vestían a sus muñecas.

Él sentía lo mismo por su Sara, era su muñeca favorita, esa que se guarda detrás de los vidrios de alguna vitrina y que sólo sirve para mirar. La miraba pero no se ocupaba de jugar con ella alguna vez. Creía que con unas cuantas palmadas en la cabeza de vez en cuando era suficiente. Y ella lo arreglaba todo con su sonrisa transparente. Nadie le preguntaba nunca sobre las horas o los billetes, nadie entraba nunca en su cuarto para decirle "que duermas bien" a un fantasma de almohadones.

Sintió la cerveza amarga resbalando por su garganta y llegándole a la memoria. Recordó a Sara, sentada frente a unas botellas en un sitio similar, cambiando a los tipos por los tragos. Fue entonces que comenzó a notar las rajaduras en su muñeca. Todo el tiempo parecía enferma y reía con una risa lenta y melancólica. Y él se acostumbró a internarse casi cada noche en tugurios ófricos y a sacarla en brazos sin poder decirle nada porque nunca le había hablado de verdad.

Ya no habían hermanos ni madres, todos se habían marchado abandonando a sus espaldas los ecos de culpas y recriminaciones, los habían dejado solos en una casa deshabitada, poblada únicamente por los aderezos desteñidos de una vida ideal que nunca había existido. Él aguantaba todo de su niña y ya conocía de memoria el recorrido de sus sitios usuales. El silencio era el acompañante habitual de sus comidas o de las raras veces en que iban al mercado caminando bajo un sol que no les daba calor.

La última noche, él salió un poco más temprano de lo acostumbrado. Recorrió calles y callejones preguntando, buscando, tratando de imaginar

dónde podría estar ella. Los rostros cortados ya familiares no supieron responderle. Caminó de un lado a otro hasta que tuvo que ir al lugar que había estado evitando durante tanto tiempo. Encontró a su Sara acostada en una cama de cemento protegida por su desnudez serena. Y luego la vio enmarcada por focos morados con un vestido que nunca antes se había puesto y que estaba destinado a hacerse jirones detrás de una plancha de estuco.

Su cerveza estaba casi acabada y esa noche no iba a pedir otra. No sentía deseos de acceder a la invitación que le llegaba de una de las mesas. Le gustaba ir a ese sitio, los pocos asiduos le escuchaban atentos cuando alguna vez les contaba de sus tiempos en la aduana y se reían de los chistes picantes que él había aprendido de los guardias. Pero esa noche no tenía ánimos, esa noche quería celebrar sólo porque ya era un año y porque esa era una historia que nadie iba a querer escuchar.

LAS CANCIONES TRISTES SON PARA LOS DÍAS LLUVIOSOS

Voy a ir a sentarme afuera de esa confitería que siempre está tan llena y mirar por la vidriera las tazas humeantes y los clientes entibiándose en sus sillas. La gente llegará, sacudiendo sus paraguas y limpiándose diminutas gotas de agua de la ropa. Bajo el toldo quedará un espacio donde la lluvia no llegará, habrá que arrimarse bien para esquivar las salpicaduras de los autos; pero estaré justo al lado de la puerta, donde los que entren y los que salgan puedan verme y animarse a darme monedas o las sobras de su té. Algunos son unos roñosos, en lugar de darte el paquete y acabar con el asunto, van y lo meten en el tacho de basura en la acera; como si les complaciera verte ir a husmear y meterte bajo la ropa, a toda velocidad, el revoltillo de servilletas de papel.

Voy a tratar de conseguir el uno veinte que cuesta la cena en el puesto de doña Carmela. Arroz o fideos con huevo, coloreados de anaranjado. Tal vez hasta un poco de caldo de pollo en platos de fierro enlozado. La comida caliente se siente bien en la lluvia, aunque sea al lado de una alcantarilla y en banquitos de madera. De seguro es mejor que esperar a que alguien te lance sus sobras de ayer en una bolsa de plástico para que vayas a pelear con los perros. Y prefiero quedarme con el estómago vacío que ir al comedor de los curas a rezar padres nuestros, aves marías, golpearme el pecho, echarme la culpa y arrepentirme de mi vida por unos mendrugos gratis.

Voy a recordarme una y otra vez que sólo te arrepientes cuando no tienes otra opción y te sientes mejor solo porque estás peor que los demás. Yo tengo opciones, todavía podré apurarme y llegar hasta el contenedor antes que el carro basurero. Siempre hay algún atado de papel

v cartón o unas cuantas botellas de vidrio que se pueden vender por unos pesos. Todavía tengo esta cara para sonreírles a las personas cuando soy bueno y me tiran un hueso.

Voy a correr hasta donde la Mande para ver si me presta a su chiquito y tal vez hasta me regale un pedazo de plástico para guarecerme. Siempre te dan más cuando te ven con niño. Sólo que se te quedan mirando un largo rato, suspirando y moviendo la cabeza. Luego, recién meten la mano al bolsillo y se van como si hubieran hecho su beneficencia del día; te hacen pensar que deberías cobrarles un poco más por su bondad. La mayoría pasa casi sin mirar, sin impresionarse ni apenarse. O les da tanta pena que entran en alguna tienda a comprar algo, para no sentirse tan mal. Ya no puede uno sentarse tranquilo a estirar la mano; hay que tener una armónica, una radio, un pajarito enjaulado, un niño o un gato sin bigotes.

Voy a hacer lo posible para no pasar frente a la calle de las ferreterías. Seguro que ellos estarán ahí sentados como de costumbre, acurrucados unos contra otros, limpiando un parabrisas de rato en rato. Cada vez que me ven pasar, me invitan un sorbito del bidón; no es que no quiera y con esta lluvia no me vendría mal. Pero luego, me vendría demasiado bien y me podría gustar quedarme con ellos y lavar vidrios de auto para llenar el bidón. Quién sabe si no me alcanzan las fuerzas para pasarme de largo, porque todavía no estoy de humor para morirme por dentro y despotricar contra este mundo. Después de todo, el mundo es un buen lugar para nacer, si no te importan los demás muriendo y si no te importa morir con ellos de vez en cuando. Prefiero irme por la calle de atrás y llegar justo a ese boliche donde el mozo es mi amigo y me dejará entrar a sentarme al lado de la puerta. Desde ahí se oirá bien al pianista, tocando esas cuecas y esos boleros que mi padre escuchaba en una

radiola y lloraba. Los borrachos también llorarán y brindarán y me regalarán billetes grandes sin darse cuenta.

Voy a irme caminando hasta el pasaje donde se reúnen los ciegos a tocar y a cantar, porque no hay peor ciego que el que no quiere oír. Me dejarán sentarme con ellos y hasta me prestarán una pandereta, cuando no haya nadie más que los acompañe. Pero a veces sus canciones serán lentas, me darán sueño y en los días fríos es mejor no dormir porque luego no te vuelves a despertar. Así que es mejor acomodarse al lado de don Rosendo, el ciego de la trompeta con sordina; tocará esos mismos boleros que te hacen aguar los ojos. Le voy a sacar unas cuantas monedas de su jarro y a pedirle un poco de tiempo prestado, sólo un poco, para desaparecer en el aire y que nadie escuche mis lágrimas caer contra el pavimento mojado ni me vea limpiándome los mocos con la manga. No quiero ni pensar en levantarme, porque la lluvia se está calmando y me darán ganas de ir a la calle de las ferreterías. Un traguito del bidón no me vendría mal con tanto frío. Pero todavía no quiero morirme por dentro, todavía no... todavía no...

DE VUELTA EN EL PARAÍSO

Viene más o menos una vez al mes y tocamos para un público un poco más nutrido. Siempre cargando pañuelos de papel en los bolsillos de un impermeable deforme. Pañuelos que utiliza para secarse el sudor y para limpiar la boquilla de su instrumento, guardado en una maleta vieja. No fue a ninguna academia o conservatorio, ni si quiera sabía leer un pentagrama; el saxofonista Abel aprendió de su padre, que era el músico de una chichería cerca de un campamento minero. El viejo tocaba lo que podía en lo que encontraba, pero su hijo se apasionó sólo por un instrumento. Practicaba todos los días, en las mañanas con el olor a mineral y cebollas que lo saturaba todo y en las noches junto a su padre, amenizando las carcajadas y los tragos de alcohol sin requemar.

Hasta el día en que su talento pudo más que eso. El saxo se convirtió en su boleto a la ciudad y se fue con el instrumento en una mano y la maleta de sus esperanzas en la otra. Llegó a una estación solitaria donde no lo esperaba ningún abrazo. Con las monedas que le habían dado consiguió un remedo de hogar con piso de cemento donde podía envolverse en sus frazadas nostálgicas. La fortuna no tardó en mostrarle su sonrisa carcomida cuando gracias al acarreo de fardos de cerveza conoció al dueño de un local que necesitaba a alguien para cargar la instrumentación de los conjuntos semanales que iban a distraer el tedio con melodías superficiales. Nada podía estar más cerca de lo que el saxofonista Abel quería.

Empezó a relacionarse con gente del medio. Cuando se enteraban de que él también tocaba, algunos lo incluían en su repertorio casi como una curiosidad. Aprendía a adaptar su saxo a las exigencias de canciones irregulares y violentas. Los músicos se convirtieron en lo más cercano que

podía tener a amigos que le contaban de sus composiciones por contrato y sus aventuras de media noche con señoritas ansiosas y olvidadas.

Las solicitudes de su presencia eran cada vez más frecuentes y el saxofonista Abel aparecía cada vez más inmerso en una niebla de comentarios aduladores de doble filo y de palmadas en la espalda que eran como una amarga sensación de fama. Era solicitado pero aun así tenía que trabajar esporádicamente en los días para poder pagar los favores de sus noches de música. La tocada no alcanzaba para la comida y las felicitaciones y los halagos no se los podía meter al bolsillo.

Los entarimados lo recibían con la calidez de su olor a orín y cerveza y los locales le pagaban en botellas que tenía que gastar en el transcurso de la noche para contentar los ánimos de sus compañeros de conjunto. Los aplausos ya no le salían gratis, tenía que pagarlos con el eco de un "salud, hermanito". Las noches de música, con sus estuches de talento gratuito, le costaban a veces caras y deambulaba por toda la ciudad en busca de un lugar donde todavía podría escuchar el arpegio de su saxo perdido en algún callejón de la memoria. Se apropió de muladares camuflados detrás de sus letras de neón y aun ahí escuchaba los chillidos del saxo acomodado en su estómago, en sus pulmones y en el brillo difuso de sus ojos.

La primera vez que vino nadie estaba seguro de cuál era su trabajo. Podía limpiar mesas, barrer pisos y tocar desde su alma por el módico precio de un aplauso y dos billetes. La paga era buena, así que se prometió a sí mismo una visita regular y ahora viene más o menos una vez al mes y tocamos juntos. Me mira por detrás de sus ojos de perro tristón y no importa si ríe o si barre, siempre se asoma el destello de una lagaña. Cuando sopla el saxo, ve directo a los ojos del público y siempre hay cosas para después. Y cada una de las noches en que el saxofonista Abel viene es una noche más en el paraíso.

EL HOTEL DEL RAYO DE LUNA

Había una vez una tienda en la calle Castro.

En realidad no sé si la calle aún .se llama Castro y la tienda hace mucho que dejó de ser una tienda. Lo único que queda es la dueña, arrastrando su corta humanidad por los cuartos oscuros, gruñendo ante las puertas de los escuetos huéspedes que todavía se alojan en el Hotel del Rayo de Luna. Pero eso es adelantarse un poco.

Veintitantos años antes, la dueña tenía una tienda con rejas de madera. Era un cuarto con piso de tierra y techo de saquillos donde los frascos de dulces y las latas de alcohol sin refinar se acomodaban juntos. La gente común que pasaba por la calle tenía muy poco que comprar en la tienda, apenas unos panes, apenas unos cigarrillos. Era el grupo de asiduos el que más gastaba. A cualquier hora se los podía ver sentados en bancos de madera, al fondo. Bebían de pequeños vasos de vidrio ordinario y casi no hablaban, pero se conocían muy bien entre todos. La dueña sólo les prestaba atención cuando le pedían más y cuando era hora de pagar. El resto del tiempo eran apenas parte del escaso amoblado. Ella se ocupaba de mirar hacia la calle y de atender a dos niñas de unos once o doce años que siempre estaban despeinadas y malvestidas.

El tiempo pasaba y los bebedores seguían asistiendo a la tienda. Las hijas de la dueña ya no eran unas niñas y la mugre que las vestía era menor que sus encantos. La dueña pronto se dio cuenta de que los bebedores no iban sólo por el pisco y como el dinero nunca le había sobrado quiso ampliar su negocio. Colocó unas cortinas en la parte trasera de la tienda y una payasa con mantas que hacía las veces de cama. Los asiduos empezaron a tener nuevas opciones además del licor usual. La tienda comenzó a ganar fama y los clientes aumentaban. En algún

punto de ese súbito ascenso, la tienda ostentó un pequeño farol arriba de la puerta.

Por primera vez en su vida la dueña tenía el dinero suficiente como para alquilar unos cuantos cuartos más de la enorme casa vieja donde estaba su tienda. El piso dejó de ser de tierra, adentro había sillones de segunda mano tapizados de terciopelo, unas cuantas camas de verdad con sábanas floreadas y el farol de la puerta fue cambiado por un letrero que anunciaba: Hotel del Rayo de Luna. De hotel tenía muy poco; es cierto que había cuartos y que se rentaban, pero los servicios eran diferentes. A las hijas de la dueña vinieron a sumarse un par de primas del interior que trajeron con ellas frasquitos de maquillaje y algunos trapos de encaje que cada mañana flotaban colgados de cuerdas en el patio de atrás.

Los clientes se sentaban a fumar y a tomar el mismo pisco ordinario en copas de vino. Esperaban a que alguno de los cuartos quede desocupado para poder subir y por media hora al menos olvidar lo que merecía ser olvidado. El grupo había crecido bastante, pero las caras eran las mismas, nunca hablaban y sólo se oían las risas obligadas de las chicas al compás de alguna canción melosa. Para la dueña todos seguían siendo parte del mobiliario, pero sonreía fingiendo interés cuando se acercaban para pagarle por las copas y por el cuarto. Algunos, los que podían, pagaban toda la noche y tenían el privilegio de compartir el desayuno de café ralo y marraquetas acompañados por las cuatro chicas despeinadas, con ojeras negras hasta las mejillas y medias de lana en los pies.

Con el tiempo el Hotel del Rayo de Luna albergó a uno o dos huéspedes más pequeños y más ruidosos que eran escondidos por la dueña en los cuartos abandonados de detrás de la casa. Era una incomodidad tener que aguantar a esos bultitos flemosos envueltos en harapos, propiedad de las primas que eran un poco descuidadas. Pero las

chicas se las ingeniaban para conseguir algunos parientes que las librarán del problema. El caso es que la dueña, por muchas ganas que tuviera, no podía botar a sus sobrinas porque ya tenían varios clientes fijos que aportaban una buena parte de las finanzas de la familia. Estaba agradecida porque sus hijas no habían soportado ese tipo de problemas, las dos seguían tal y como las había dejado su niñez. Siempre estaban juntas y durante el día no hablaban con nadie, menos con su madre. En la noche, cuando una de ellas iba a un cuarto con alguno de los clientes, la otra se quedaba perdida entre las volutas de risa artificial.

Los clientes comenzaban a engordar, a encanecer y no había reemplazantes. Las noches del Hotel del Rayo de Luna estaban cada vez más despobladas y había ocasiones en que las chicas preferían quedarse en la cocina, mirando melodramas de los que se sentían protagonistas. Las primas se fueron, dejando atrás los cuartos, los sillones de segunda mano y las copas, para ir en busca de alojamientos más confortables donde no tuvieran que pagar de ese modo por su estadía. A la dueña no le importaba, muebles vienen, muebles se van. Mientras sus hijas se quedaran para atender a algunos clientes, ella estaba satisfecha. Pero las dos chicas no eran diferentes de los otros muebles y el mero hecho de que la dueña fuera su madre no importaba. Se fueron juntas de amanecida, después de atender a los poquísimos clientes que aún subsistían y de dejar la cocina limpia. Al día siguiente, la dueña apenas notó su ausencia hasta la hora de servir el pisco, por la noche. Y ni si quiera entonces su expresión cambió. Lo único inusual fue que ella también se puso a tomar de las copas acompañada por tres clientes perplejos que la miraban reír a carcajadas cuando nadie había dicho nada.

Después de aquello, era obvio que no iba a haber nuevos clientes, así que la dueña se vistió con sus mejores galas y se untó la cara con algo del maquillaje que todavía quedaba en los frasquitos. Durante toda la

mañana estuvo pagando avisos de periódico que ofrecían "en alquiler cuartos en el respetablemente limpio Hotel del Rayo de Luna, no se aceptan animales".

Los nuevos huéspedes llegaban lentamente a ocupar los cuartos acompañados de un séquito de fotografías viejas que pegaban en las paredes y que no se molestaban en despegar cuando se iban. Ninguno se hospedaba por mucho tiempo y el hotel estaba cada vez más abandonado. Los pocos que se quedaban eran los que aguantaban despertarse a las seis de la mañana con los gritos de la dueña al otro lado de la puerta. Por un tiempo, yo fui uno de esos pasajeros, cuando aún era nuevo al piano, cuando este escenario no me pertenecía por completo. Algunas noches, me quedaba despierto y desde mi cama escuchaba las charlas en solitario de la dueña. Eran conversaciones dichas de memoria, que duraban hasta que se desplomaba sobre algún camastro viejo y un hilo de saliva escurría por sus labios. Llegué incluso a conocer a algunos de los antiguos asiduos, que me contaban cómo había sido el Hotel del Rayo de Luna y que recordaban, tratando de ver el pasado de frente, lo que tal vez había sido la mejor parte de sus vidas. Al final, los espectros en harapos de encaje acabaron por convencerme de dejar mi cuarto y aventurarme por otros callejones.

Ahí afuera, la ciudad seguía cambiando. Las viejas casas caían a pedazos, y sus habitantes con ellas. Nombres nuevos bautizaban plazas y avenidas en favor del futuro, dejando a los antiguos como un mudo epitafio de lo que había sido. De modo que no sé si la calle todavía se llama Castro o si en el letrero del hotel aún puede leerse algo. Pero puedo imaginar a la dueña aún ahí, sentada en sus sillones de última mano tapizados de terciopelo, gruñendo y riendo a carcajadas cuando nadie dice nada.

OPINIONES DE UNA DAMA

Cada noche, en alguna mesa, estoy en esta representación mientras la música sigue tocando. Siempre tratando de lucir tranquila y sin apuro, tomando a pequeños sorbos de mi vaso, lentamente, para que su contenido no se acabe tan pronto, para no tener que ordenar una vez más. Recuerdo la forma en que solía ser, la manera codiciosa con que me miraban y yo estaba segura de que alguien iba a sentarse a mi lado y a invitarme unos tragos. Luego, los dos estaríamos cruzando la puerta de cristal hacia destinos más solitarios, destinos de a cincuenta la hora. La misma escena se repetía para mí hasta el infinito, hasta que ya me sabía de memoria el procedimiento, la sonrisa descuidada, la caminata misteriosa y la mirada profunda, entornando los párpados para disimular el desvelo.

Pero esta noche, mientras la música sigue tocando, no hay nadie junto a mi y soy yo quien tiene que hurgar en el interior del desgastado monedero para pagar el trago, apenas dos o tres miradas me alcanzan. Son ellas, un grupo de niñas pintadas, las que atraen toda la atención. Susurrándose a gritos y riendo a carcajadas, casi burlándose de mí por no ser más una niña, por estar sola. A veces me dan pena porque los años que las separan de sus acompañantes siempre son demasiados, pero también las envidio. Envidio que parezca tan sencillo para ellas, que aún estén flotando en sus nubes de billetes fáciles. Alguna vez también fue fácil para mí, creía que podía tener el mundo en un tronar de dedos. Los collares de fantasía parecían tan brillantes, los afeites ordinarios tan adecuados y los vestidos de colores chillones tan a propósito. Esos mismos vestidos que ahora están en el fondo del ropero destartado, porque el cuerpo que antes contenían no existe más. He cambiado y ahora necesito perderme un poco más por detrás de mi máscara de colorines

grasosos, los surcos que acompañan a mi mirada son cada vez más hondos; tengo miedo de pararme frente al espejo y ver a una persona que no conozco. Prefiero seguir viendo la máscara, seguir asistiendo a esta puesta en escena a mirar cómo uno de los que me escogía usualmente baila en los brazos de alguna otra. Pero no se me está permitido bajar la mirada ante la multitud, así que debo aferrarme con fuerza a mi sonrisa pintada a lápiz.

Las parejas comienzan a retirarse mientras la música sigue tocando. El cantinero me mira desde detrás de la barra, ansioso por una orden que no voy a darle. Casi no queda nadie a quien le pueda interesar que cruce las piernas o que mire al vacío con cara soñadora. De pronto empiezo a escuchar de nuevo el coro de consejos que me da cierto grupo de fantasmas, cubiertos de pelo teñido y perlas de plástico: "trabajá, trabajá, tienes que seguir trabajando hasta el final". Así que tengo que trabajar para salvarme, trabajar para sobrevivir, trabajar para vivir, vivir para trabajar, vivir para morir. De nuevo viene la aterradora visión de mí misma bajando de este escenario y volviendo sola a mi cuarto, la luz verdosa del foco iluminando las telarañas del techo, el maletín desenterrado de debajo de la cama, el equipaje listo después de tanto tiempo. Otra vez el camino imposible, otra vez el bus que me llevará al lugar del que vine huyendo. El sendero lleno de charcos, el calor, la casita, la vieja, todo igual, como si nunca me hubiera ido y por encima de todo yo, con ropa hecha de sábanas viejas y con los pechos cayéndome hasta las caderas, yo sin mi máscara acostumbrada, sin mi música tocando y tocando...

La visión queda hecha añicos ante la entrada de un nuevo grupo de individuos que vienen a terminar su noche y ocupan una de las mesas, mientras la música sigue tocando. A mi sólo me gustaría pedirle a alguno de ellos un poco de tiempo prestado, sólo un poco, para olvidarme de las

visiones, de las multitudes y de las niñas pintadas, para mostrarle lo mejor de mis máscaras. Pero ninguno me mira y parece que el infinito acaba hoy. La noche ha envejecido demasiado pronto y estoy cansada, me doy cuenta de que no puedo quedarme por .más tiempo porque no queda una sola gota en el vaso frente a mí que me sirva de pretexto. Me levanto apenas, resignada a salir sola y justo en ese instante alguien me lee la mente. El tipo se acerca hacia mí con la familiar expresión de "¿nos vamos?" en la mirada, me toma del brazo y todo queda entendido, todo olvidado y perdonado. Salimos y no me importa su cabello mugriento o sus manos repletas de anillos de carnicero. Sé que el destino ha sido amable conmigo al regalarme otra noche, sé que la representación aún no ha terminado y que todavía puedo venir a jugarle la suerte, mientras la música siga tocando.

BÉSAME MUCHO

La noche se había derramado espesamente sobre los techos. La puerta de cristal se abría a un vapor grave y perezoso que se me introducía en los pulmones y me ahogaba por un momento, sólo por un momento antes de habituarme a su náusea. El lugar estaba casi desierto, apenas unos cuantos espectros aparecían regados por entre las mesas.

Esa noche no era tan ordinaria. Ella me había prometido venir. Hacía como una semana que había entrado aquí por primera vez y desde el momento en que se sentó en una de las mesas del costado, llamó mi atención. Tenía puesto un abrigo que parecía muy usado, quién sabe si por ella, con pieles artificiales en el cuello y dos hileras de botones enormes. Sus zapatos eran de fiesta, de terciopelo negro con diminutos brillos plateados y profundas grietas que combinaban con las grietas de la sonrisa que me regaló cuando la miré directo a los ojos desde mi taburete. Pensé que la conocía, pero esa cara no se me hubiera olvidado, así que pensé en conocerla.

No sabía cómo acercarme y menos cómo hablarle. Pero no tuve que dudar por mucho tiempo porque fue ella la que vino hacia el escenario y me susurró suavemente al oído "bésame mucho". Al principio no entendí lo que quería, me quedé ahí, simplemente sintiendo su aliento hasta que mis manos pensaron por mí y casi sin darme cuenta la melodía comenzó a elevarse por sobre el ruido de sillas y vasos.

Bésame, bésame mucho

Como si fuera esta noche...

Entonces ella se sentó de nuevo frente a su mesa y comenzó a mirarme lenta y profundamente por todo el tiempo que duró la canción. Se quedó viéndome mientras la gente entraba y salía, mientras los mozos llevaban y traían, mientras las canciones se acumulaban. Hasta que no

quedó una mesa con ocupante y no había ninguna melodía para interpretar. Sólo estábamos ella y yo y los ruidos que venían de la cocina. La luz había bajado un poco y el humo de los cigarrillos se esparcía por el tumbado ceniciento. Esa vez no dudé y fui a sentarme en una de las sillas desocupadas de su mesa. Ya ni recuerdo lo que dijimos.

... la última vez,

Bésame, bésame mucho...

Lo único claro en mi memoria es el frío de la calle adoquinada y luego el corredor amarillo sucio que nos llevó a la puerta de un cuarto descascarado. No hablamos, no podíamos hablar. Sólo nos miramos y pude ver en sus ojos un relámpago fugaz de días soleados en el pasto con niños chillones y servilletas y gritos y noches hondas esperando a alguien que siempre llegaba cuando las ansias se habían extinguido.

Se desvistió pausadamente, parecía sorprendida de su propia desnudez estriada. El cubrecama nos recibió con su gelidez azul y pasamos un buen rato mirando las manchas de las paredes antes de que la sintiera susurrándome de nuevo al oído "bésame... bésame mucho". Y entonces, todo lo que escuché fue el chirrido monótono del catre.

Nos quedamos abrazados, tratando de calentarnos hasta que la ventana comenzó a palidecer. Ella se sentó al borde de la cama y comenzó a vestirse, casi mecánicamente, sin fijarse si los botones coincidían con los ojales. No me miró ni una sola vez, todo lo que hizo fue murmurar la promesa de que nos volveríamos a ver la próxima semana. Salió del cuarto sin apurarse mientras se acomodaba el cuello del abrigo raído.

... qué tengo miedo tenerte,

y perderte después.

Me asomé a la ventana sólo para verla desaparecer a la vuelta de una esquina, detrás de la calle vacía.

Mis dedos estaban entumecidos y las canciones se me hacían lentas y pastosas; las teclas parecían más duras que de costumbre. Mi vista estaba fija en la puerta y cada vez que se abría yo esperaba. La noche fue haciéndose más tenue y los fantasmas empezaban a sentirse más a gusto dentro de su vaho denso. El ruido de voces y de botellas se había ido apoderando del ambiente hasta casi silenciar por completo mi música, apenas me escuchaba a mí mismo y no sabía con exactitud cuál era la canción que estaba tocando. Hasta que de pronto una nota vaga comenzó a darle cuerpo a una melodía conocida. Sentí su presencia a mis espaldas, me pareció verla en el reflejo de las teclas, a punto de abrir la puerta y entrar, quitándose lentamente su abrigo. Giré mi cabeza rápidamente para ver tan sólo un espacio vacío. Afuera quedaba la calle desierta donde todo lo que se oía el repiqueteo de un par de zapatos lejanos. Miré hacia las mesas, pero nada había cambiado para los que estaban ahí, riéndose de su propia miseria. Tardé un poco en darme cuenta que la canción que estaba tocando en ese momento era "Bésame mucho"; *...qué tengo miedo tenerte, y perderte después...*

Su frágil presencia de niebla se desvaneció en cuanto toqué la última nota de la canción. Cerré el piano con tranquilidad, ya no sentía ganas de interpretar nada más y no me pareció que alguien fuera a extrañarme. Las sobras de esa noche las quería para mí. La noche siguiente todo volvería a ser igual, las cincuenta y seis teclas blancas y treinta y seis teclas negras de siempre. Yo tocaría las mismas desgastadas melodías ante un público similarmente desinteresado. Pero ya no iba a torturarme con la esperanza de su llegada repentina, ya no iba a tocar "Bésame mucho".

UN HOMBRE DE NEGOCIOS

Parecía más apurado que de costumbre, mirando su reloj de malla dorada y tamborileando con los dedos en la mesa. Tal vez porque era viernes, faltando un cuarto para las once y ninguna de sus sobrinas había llegado. Miraba con ojos ávidos a los posibles clientes que empezaban a ponerse demasiado ebrios como para pensar en negocios; algunos de ellos lo veían como preguntándole, se ponían impacientes hasta impacientarlo a él y se podía adivinar, a través de su saco, que las manchas indelebles en las mangas de su camisa estaban humedeciéndose una vez más.

Yo estaba tocando una melodía con muchos errores pero no había ningún oyente sobrio que le diera mucha importancia, mi atención estaba puesta en él y no podía dejar de mirarlo removerse en su silla. Hasta que finalmente llegó una de ellas y fue a sentarse en uno de los taburetes vacíos de la barra. Él la miró y no necesitó acercarse ni hablarle para que ella supiera que el tiempo es dinero y que su retraso costaba billetes. La otra apareció un momento después y la misma mirada la dejó advertida. Después de todo ellas trabajaban gracias a él, le debían y no iba a dejar que jugaran con su dinero ni con su valiosísimo tiempo. Pero ya se ocuparía luego de la reprimenda, era tiempo de atender a los clientes que ya se acercaban a su mesa dispuestos a llevar a cabo las transacciones y los difíciles regateos.

Era un tipo al que usualmente se referían como hijo de puta, en todos los sentidos. Su madre lo parió en un burdel con la insensata esperanza de que el padre se hiciera cargo de ambos, pero eso jamás ocurrió y él creció entre el sinnúmero de camas que su progenitora ocupaba y las colegas del oficio que se convirtieron todas en sus madres. Iba a comprarles cigarrillos, tragos y a veces cosas más fuertes. Por eso no le sorprendió a nadie que al crecer se ocupara del rubro familiar. Tal vez

se parecía físicamente a su padre, pero quién iba a poder afirmarlo. El hecho es que era poseedor de una especie de atractivo vulgar que conquistaba a jovencitas ingenuas. Se aprovechaba de eso para hacer promesas sin sentido y acaparar todo un grupo de trabajadoras que le cedían por obligación un porcentaje de sus ganancias que a veces era más de la mitad, gastos de representación. Era una compañía de éxito que le permitió entrar en el mundo selecto de los empleados públicos que cada viernes en la noche se reunían con él a hablar de negocios. Su ocupación primordial como gerente, propietario, responsable y representante era conocer caballeros interesados en lo que él ofrecía. Gastaba en tragos y así atraía la atención de varios que se hicieron sus clientes regulares.

Por otro lado estaban ellas; al principio, cuando aún era joven, eran sus primas. Les conseguía dónde vivir si no eran de por aquí y las cuidaba de cualquier embustero que quisiera apartarlas de su lado. El resto corría por cuenta de ellas. Se sentían atraídas por él y le decían que sí a todo. Pero cuando cumplían cierto número de años o pesaban cierta cantidad de kilos, el parentesco familiar fenecía y debían desocupar las viviendas para que el negocio siguiera prosperando. Era hábil para conseguir los mejores precios en cuchitriles de alquiler y para restarle un par de números a las pagas de sus primas de vez en cuando. No cabe duda de que llevaba los negocios en la sangre. Mientras tanto, no se desocupaba de sí mismo; se compró un traje de color café con leche que lo distinguía entre los grises y azules oscuros de los casimires que vestían sus clientes. **Sonreía** mostrando una amarillenta mueca desprovista de todo sentimiento. Pese a que estaba rodeado de mujeres, nunca se le conoció una propia, era una criatura extraña que no se permitía sentir nada por nadie, más que por sus transacciones.

Pero el tiempo pasa y las primas se convirtieron en sobrinas porque ya en su pelo, junto con la caspa de los años, se habían acumulado unas

cuantas canas. También habían aparecido otros tipos igual de versados en el negocio y las chicas tenían de dónde escoger. Así que tuvo que reducir su campo de acción y se limitó a venir aquí acompañado de las dos únicas sobrinas que le quedaban. Aún tenía clientes fieles pero sus sobrinas a veces se iban por su cuenta, conseguían por sí solas sus propios negocios y lo dejaban a su suerte. El traje se fue manchando, pero él seguía luciéndolo, aderezado con una gruesa cadena en su cuello y con su reloj.

Esa noche, las sobrinas se portaron dóciles, fueron con los clientes que él les asignó y volvieron después de más o menos hora y media a rendirle cuentas. Él tomó sus billetes y los acomodó con cariño en su bolsillo trasero. La gente ya escaseaba y yo tocaba casi para mí mismo cuando lo vi sólo por primera vez. Sentado con la cabeza baja, parecía buscar trozos de sí mismo debajo de la mesa. Probablemente lamentaba la llegada de nuevos primos, nuevos tíos y nuevas chicas que lo trataran con desprecio, que lo traicionaran, le robaran y no apreciaran su trabajo ni se lo agradecieran. Pero no se arrepentía de nada y ahí estaba, casi con una sonrisa en su rostro dormido. Y cuando fue tiempo de cerrar fui yo el encargado de arrastrarlo hasta la puerta. Pero estaba tieso, frío y un poco azul. La sonrisa estaba congelada y sus dedos inertes aún apretaban el fajo de billetes en su bolsillo. Al final, las cuentas estaban saldadas y su mueca era la expresión de un hombre de negocios.

AVE NOCTURNA

Con el vestido apretado hasta saltársele las costuras y la mejillas cubiertas por una espesa capa de colorete, ella sólo estaba interesada en la puerta que se abría y se cerraba dejando pasar a posibles acompañantes. Apenas habíamos cruzado palabra durante todo el tiempo en que los dos veníamos a ganarnos la vida al mismo lugar. Tal vez un saludo convencional o una pregunta sobre la hora, y sin embargo, yo la conocía muy bien. Los demás, los clientes o los mozos, sólo la miraban, pero verla no es conocerla y yo la conocía.

No podría decir que cargaba con el complejo de culpa típico de otras de sus colegas, ella era más práctica y nunca le molestó mentir. Tal vez por eso era tan buena en lo que hacía y tal vez por eso no hubiera podido dedicarse a otra cosa. Era un trabajo al fin y al cabo. No se inmutaba al salir del brazo de un panzón funcionario público o de un pretencioso cajero de banco, con tal de que a la mañana siguiente hubiera billetes sobre la mesa de noche. Tampoco la acobardaban los sucesivos buscadores del veinte por ciento que de vez en cuando se sentaban a su lado para sacarle algunos pesos o presentarle nuevos desconocidos. Y cuando el posible cliente estaba junto a ella, no paraba de hablar, de parecer adorable y de hacer una mueca a modo de sonrisa. Les hacía pensar que tenían toda su atención y eso le valió ser la preferida de varios que no la traicionaban con otras.

Es que a veces, a la luz de algunas copas, ella era todo un sueño, una fantasía sentada cada noche entre un reducido grupo de espectros moribundos. En ocasiones, ni siquiera se molestaba en mirar a nadie, se limitaba a desaparecer con un estudiado gesto de descuido, de misterio, de languidez, había muchos para escoger. Se cubría de estrechos atuendos, plumas, abrigos de peluche y nunca le faltaban los cigarrillos de menta

que la hacían lucir como ella misma, porque a veces las cosas son exactamente lo que parecen. Muy calmada, ella sabía que cada noche al menos tres sujetos iban a disfrutar de sus favores y que tal vez tendría que escuchar alguna historia desgarradora. precedida del usual "Mi mujer no me entiende...", que ya se había convertido en la frase de la noche. Pero ya estaba acostumbrada y ponía la cara de atenta escucha mientras hacía mentalmente la lista de lo que había que hacer al día siguiente: pintarse las raíces de pelo que ya comenzaba a oscurecerse, comprar una faja o dormir.

Alguna otra vez la vi a la luz del día, cuando todo parece distinto, irreal. Tenía toda la imagen de una matrona hogareña, con rulos en la cabeza y medias de lana bajo las pantuflas. Caminaba como si nada por la calle, con una bolsa de plástico, y nadie pensaría que la noche anterior hubiera sido tan ajetreada. Incluso saludaba a una tendera o a un señor comprando el periódico, actuando como la vecina amable, siempre pretendiendo ser real.

Esa noche, con un vestido demasiado ajustado, estuvo mucho rato sentada sin compañía. En sus ojos comenzaba a divisarse un ramalazo de desesperación y las manos se estrujaban nerviosas contra sus piernas, tratando de adivinar si había olvidado ponerse algo, si faltaba algún detalle. Su sonrisa era una mueca echada al vacío. A mi nunca se me hubiera ocurrido acercarme para ser uno más de los que la acompañaban fuera. Pero su desamparo me hizo pensar que ya era tiempo, que quizás iba a aceptar agradecida y por primera tendría a alguien que la escuchara. Me puse de pie mirando en su dirección y ella no pareció darse cuenta del plan pero ya estaba decidido, esa noche sería nuestra. Quise llamar a uno de los mozos para decirle que me iba y cuando volví a verla ella iba camino de la puerta acompañada por uno de sus viejos conocidos de dientes de oro. Su desesperación se convirtió en agradecimiento y yo me quedé

viéndolos cruzar la puerta, sabiendo que ella iba a pretender que escuchaba y a pretender que hablaba, aferrándose a frases como "sí, yo te entiendo", o "tú eres el único que me entiende", pero ninguno la conocería de verdad, ninguno la conocería como yo...

FLAMINGO STAR

Desde mi rincón miraba el resto de la sala y todo parecía cubierto por bruma. Ver a esa mujer ebria alzando el vaso para brindar con una serie de fulanos me hizo pensar en algo que escuché por ahí "...una mujer de cierta edad...", extraña manera de llamarla vieja. La encontré sorprendentemente parecida a Enriqueta, a "Henriette, la dama de la balada romántica", como se hacía llamar en sus tiempos más afortunados.

Era una acompañante de trabajo con la ordinaria ingenua ilusión de convertirse en una estrella y por quien yo sentía un tenue afecto que a momentos se convertía en algo parecido a lo que se podría llamar amor. Sí, nuestra relación trascendía de vez en cuando lo meramente profesional, las soledades de ambos se encontraban y se hacían compañía, para decirlo de una melosa manera. El hecho de estar conectados con la música nos hacía las cosas más fáciles. Nuestras charlas profesionales se convertían en silencios íntimos y creíamos complementamos trabajando horas extra en antros fríos y distantes que no compensaban nuestra pobreza ni la ambición suya de electrizar al mundo con su voz. Ese es el primer recuerdo que tengo de nuestra separación.

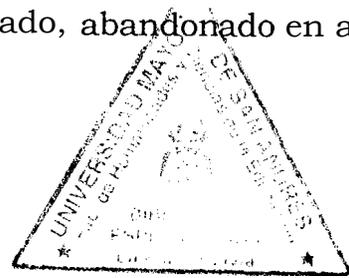
De pronto cualquier escenario era muy pequeño para ella y yo era una especie de obstáculo que tenía que dejar atrás cuanto antes. Para ese entonces, mis propios sueños yacían bajo lápidas de hastío. Fue una noche, en este mismo lugar, que vino aquel sujeto con un traje caro, zapatos de charol y hasta un sombrero. No venía a buscar nada, pero acabó encontrándola a ella. Con el acostumbrado público y su usual desinterés, no éramos más que un acto de desesperación y tal vez nos hubiera ido mejor en la calle con un sombrero en el piso en frente nuestro. Pero, de alguna manera, Enriqueta acaparó su interés; él vio lo que solo unos pocos habíamos vislumbrado al escucharla.

Cuando la banda dejó de tocar, él se le acercó y le habló en voz baja. Fueron a sentarse a la barra y, en ese momento, Enriqueta comenzó a alejarse del escenario, de la banda, de todo. Él le ofreció llevarla en su auto y cuando ella estaba poniéndose el abrigo vi en sus ojos una chispa que nunca antes había resplandecido. Después supe que el sujeto era el dueño del Flamingo, un lugar caro y de moda. Él era un tipo que, en los amplios lotes traseros de su club, rodeado de decorados viejos y andamios, producía sueños para vender. Un comerciante de ilusiones que ofrecía su mercancía a los caballeros de trajes entallados a la perfección y a las damas de guantes blancos que solían visitar su lugar. Esa noche había salido con la única intención de tomarse un trago lejos de su territorio usual. Luego pasó todo lo que pasó.

Unos meses después, tal vez por una especie de antigua lealtad o por un ataque de imprevista culpabilidad, ella me mandó una invitación para su primera actuación como cantante estable del Flamingo. Su sueño de vivir la vida de artista estaba cumpliéndose, supongo que ella pensaba así. La noche de la función había carteles fuera anunciando con enormes letras rojas enmarcadas en luz a "Henriette, la voz más hermosa del mundo, la dama de las baladas". Cuando salió al escenario, lo que vi fue una especie de corista emplumada con una voz que a fuerza de hacer sonar natural, le salía afectada y falsa. Cantó nuestras viejas canciones, que ya no eran nuestras y que sonaban artificiales en ese escenario poblado por bailarinas en serie y músicos disfrazados de rizos amarillos. Pero el público aplaudió al final como nunca la había aplaudido antes y el brillo de sus ojos era más intenso que nunca.

Henriette fue una sensación, cada noche era una noche de estreno. Y como todos los finales felices, fue una tragedia, porque al inventarse a sí misma y al haber imaginado su escenario ideal, todo lo que amaba de las canciones y la música quedó retorcido y pisoteado, abandonado en algún

01576



rincón. Aun así, no fue suficiente para abonar la fórmula mágica del "... para siempre". El sujeto que la había creado, la visitaba cada vez menos; se encontraba demasiado ocupado consiguiendo las nuevas "últimas sensaciones del momento". Ella tuvo que aprender a compartir sus funciones con bailarinas exóticas, magos y malabaristas; siempre algún inesperado espectáculo para atraer la atención de un público que no paraba su frenesí de búsqueda por lo nuevo. Clubes casi idénticos abrían sin parar, ante el éxito del Flamingo, ofreciendo las mismas ilusiones por precios menos elevados y hasta con las promesas de actos nunca vistos. El lugar que lo había iniciado todo, gradualmente iba pareciéndose más a una de las muchas imitaciones baratas. Los carteles luminosos ya no eran limpiados cada tarde, ni la alfombra roja de la entrada era desenrollada cada noche.

El dueño no acumulaba más que deudas, conservando la ilusión de volver al fulgor inicial de su club. Ya ni veía las funciones, sólo se presentaba en los fríos amaneceres para vociferar el mismo discurso en la cara de su cantante principal: "¡... siempre soñando los mismos malditos sueños, en lugar de darle duro a tu trabajo! Te doy tres semanas, cariño, tres semanas y eso es ser optimista... el reloj está corriendo...". Bajo la constante amenaza y con la imposición de actuaciones maratónicas, Henriette perdía la conciencia del tiempo, no se presentaba a los ensayos, olvidaba sus letras y no sabía si ese público difuminado ante ella era producto del excesivo humo de cigarrillo, de los muchos tragos que le servía el cantinero o de las seis benedrinas que se tomaba seis veces al día. El Flamingo se fue desgastando con los años y Henriette junto con él. No era joven y no tardaron en darse cuenta de que su voz no era la más hermosa del mundo. El público ya no asistía esperando novedosos actos; iban a ver a la cantante de ojos vidriosos, musitando incoherencias ante la perplejidad de la banda. Para cuando el sitio finalmente cerró, ella había

estado presentándose una vez por mes a cambio de una limosna, acompañada de un mono lector de la suerte y un lanza cuchillos.

Enriqueta volvió con nosotros, volvió al sitio que se le había hecho demasiado pequeño tanto tiempo atrás. Cantó de nuevo las viejas canciones que volvieron a ser nuestras, ataviada con un vestido de lentejuelas que alguna vez habían relucido en otro escenario. Sólo yo percibía la rapacidad con que se aferraba a los aplausos tenues de cada final. Debió parecer que hacía un millón de madrugadas su nombre era retocado todos los días para que se luciera entre los focos de un cartel. Cantaba canciones sobre amores perdidos y lágrimas solitarias en las que, de algún modo, todo terminaba en felicidad. Canciones que ponían melancólica a la gente. Cada nuevo amanecer le robaba trozo a trozo el diminuto pedazo de brillo que aún le quedaban a sus ojos opacos y que todavía era perceptible cuando ella estaba parada en frente del micrófono maloliente. Una noche no vino y ya no volvió más, nadie intentó buscarla. El escenario se había agrandado demasiado para ella. En sus últimos tiempos se mantuvo con una botella al lado y con sus recuerdos de antes, cuando el Flamingo y ella eran jóvenes.

La mujer ebria de "cierta edad" se dio cuenta de que yo había estado mirándola y levantó su vaso para mí. Apenas podía sostenerse en su silla, pero se las arreglaba para adoptar sintéticas poses de seducción. Brindé por ella y por el escenario en el que ya no danzaban opacas lentejuelas ni miradas centelleantes, el escenario del que yo era único habitante. Brindé porque en sus ojos arrebatados por los muchos tragos podía verse un brillo muy especial y porque la sonrisa nebulosa que me dirigía, me decía que aún había algo por qué soñar.

UN DOMINGO SERENO

Estaba sentado en su viejo sillón, frente a la ventana, arrebuñado dentro de un saco de lana azul con las mangas totalmente deshiladas. La tarde iba perdiéndose, alejándose en compañía de una luz rosada que cada vez era más tenue. A través de los cristales entreabiertos del segundo piso en que vivía, podía escuchar los escasos ruidos de la calle; algún automóvil, alguien caminando por la acera, nada de mucha importancia. No como en los días ordinarios, cuando era imposible abrir la ventana sin enfrentarse al estruendoso ruido de motores y bocinas que se amontonaban en la estrecha calle adoquinada, o el rumor de gente corriendo sin mirar más que al vacío, al ritmo de una cumbia a todo volumen proveniente de un billar de la esquina.

Esa tarde, los transeúntes ausentes, probablemente aburridos en la reunión semanal de sus familias, le habían regalado, una vez más, el placer del silencio. Un silencio profundo que le permitía oír con claridad el murmullo casi musical de los veintisiete relojes que había coleccionado durante años. Se preguntaba qué sería de ellos cuando no hubiese nadie que les diera cuerda periódicamente. Seguramente el polvo se adueñaría de los silenciosos engranajes, como había pasado durante su ausencia. Justamente ese día se cumplían dos semanas de mi vuelta. Casi cinco meses hundido en esa cama chirriante, cubierto sólo por una helada manta. Pero el frío parecía un inconveniente menor, comparado con los insoportables quejidos de los otros pacientes. No dormía; la mayor parte del tiempo sus ojos permanecían dolorosamente abiertos, ardiendo, mientras miraban las cajas abolladas de aluminio en que se llevaban a la morgue a algunos de sus compañeros de sala. Había tenido que habituarse a cargar con el soporte del suero cada vez que iba al baño y a sorber la sopa aguada que le traían dos veces al día en bandejas de metal.

Aquello no se parecía ni remotamente al hospital en el que muchos años atrás había sentido tanto alivio por encontrarse tan mal, con la frente húmeda de fiebre y sintiendo su propia palidez en la sequedad de sus labios. Las explosiones aisladas y las ocasionales ráfagas de metralla simplemente parecían formar parte de sus delirios calenturientos. Más allá, a lo lejos, quedaba el aire candente, la tierra seca, el sabor turbio de su propio orín, la acidez caliente bajando por su garganta y chorreando hasta el fondo, para volver a salir al día siguiente y repetir el mismo trayecto. A veces se despertaba gritando, temblando, con la sed erizándole todos los pelos de su cuerpo y sin una gota de saliva que le permitiera tragar su último bocado de leche en polvo. Pero la enfermera sujetaba sus brazos y le decía que lo que sentía en la boca no era leche en polvo ni que la molestia de sus ojos era tierra seca; era nada más que un contraefecto de las inyecciones con que trataban su fiebre.

Pero la sed no se le calmaba y no lo iba a abandonar nunca más. Lo impulsaba a beberse cualquier fluido a su alcance, cualquier cosa que le permitiera despegar la lengua del paladar. Mejor si era un líquido ardentoso que le quemara por dentro y que no bajara hacia su estómago, sino que subiera más arriba de su frente y le hiciera lagrimear. Había ocasiones en que ni siquiera esos tragos le calmaban la sed. En lugar de aliviarlo, le hacían sentir hojas de un verde amarillento, hojas de selva seca creciéndole por todo el cuerpo y podía ver diminutos destacamentos de soldados con uniformes harapientos, abriéndose paso a punta de machete por entre sus vellos y cavando pozos secos en cada uno de los poros de sus brazos y piernas. Trataba de quitárselos de encima con las uñas, se rascaba hasta sangrar, pegando alaridos que le hacían perder la voz. No era sino hasta mucho después que se daba cuenta de la presencia de parientes, vecinos, policías y médicos que lo trasladaban a instituciones aisladas por altos muros y alambre electrificado, donde también se

despertaba gritando y temblando. No podía espantar los batallones de diminutos soldados caminándole por encima, porque sus brazos estaban fuertemente sujetos por correas de cuero.

- Cirrosis en estado terminal - dijo el doctor con una devastadora honestidad, extraña a sus demás colegas. - Tuberculosis en progreso, úlceras estomacales, anemia -. ¿Cirrosis?... pero si todo lo que él tenía era fiebre y estaba esperando su alta del hospital y su baja del batallón. La mirada glacial de médico, enfermeras y compañeros pacientes lo devolvía bruscamente a la sala 15 de la sección geriátrica en el Hospital General, con demasiados años cargados en su espalda. Su cuerpo chorreaba a sus pies, los músculos estaban flácidos y podía sentir los órganos dentro de él, carcomidos, diluyéndose, buscando orificios de salida. Gargajeaba y escupía sanguinolencias en el fondo del bacín desportillado. El diagnóstico no dejaba lugar a dudas, era cuestión de meses. Hubiera sido mejor que se quedara, tal vez podrían proveerle de atenciones y de algunos medicamentos. Pero él no se hacía a la idea de recorrer todo el camino hacia la morgue en una caja abollada. Tampoco hubo mucha insistencia porque, después de todo, una cama disponible nunca estaba de más.

Su cuarto era el mismo, pero, de alguna manera, diferente. La soledad era más tibia, lo acompañaba como a un viejo amigo a quien no se necesita decir las cosas con palabras. La sed también era su compañera, un poco más exigente y él siempre acababa por complacerla. No estaba mal tener algo que tomar a mano, además le calmaba los accesos de tos. Tosía pedazos de pulmón, o tal vez de hígado, ¿cómo podía saber? Su cuerpo no dejaba de expulsar secreciones fétidas ante sus propias narices sin que pudiera hacer nada. Nada más que comprar uno o dos litros de singani a granel y masticar un par de aspirinas de vez en cuando para quitarse el mal sabor de boca, ¿qué más daban sus úlceras? Cuando tenía ganas bajaba a la tienda a comprar un peso de bizcochos para sopar en su

taza de sultana rala. A veces hasta se animaba a caminar las cinco cuadras que lo separaban de ese boliche donde tenía algunos conocidos que compartían con él sus tazas de té con té. Le atraía esa nueva existencia efímera, era un sabor agridulce no del todo desagradable y le sorprendía que tanto de esa vida se hubiera ido, cuando, en realidad, quedaba tan poco de ella.

Los faroles de la calle ya empezaban a encenderse proyectando las familiares sombras en los tablones viejos del piso. La tarde ya moría y él hizo el ademán de quitarse su sombrero ante la noche, que se acercaba con paso lento. Sentía la vaga impresión de tener una cita y estar retrasado, pero no lograba levantarse del sillón. La herida en su brazo, producto de los catéteres y las agujas del hospital, había vuelto a sangrar esa mañana. Podía sentir el fluido viscoso traspasando la venda y empapando lo que quedaba de su manga, pero no sentía dolor alguno, ya no. Se encontraba demasiado exhausto como para hacer cualquier movimiento o evitar algo. El tiempo parecía haberse detenido y extendido en una enorme nube de infinito; sin embargo, era tan escaso, se esfumaba con demasiada rapidez, imposible de atrapar. Tal vez no era cuestión de meses, probablemente eran sólo semanas, días, minutos. Su cuerpo familiar se transformaba en algo diferente, desconocido. Esos miembros escuálidos no eran los suyos ni le pertenecía esa piel arrugada y amarillenta. Él se encontraba más allá de las paredes de su cuarto, que se desvanecían ante su mirada, lejos de allí, subiendo y bajando en algún carrusel empujado por los aéreos resoplidos del órgano y sus manos regordetas, melosas por el algodón de azúcar, asiendo las crines pintadas de su caballo, a punto de emprender el vuelo. Ya sentía el aire soplándole en la cara, desordenando su pelo, levantándolo como a una hoja seca, sólo para dejarlo suavemente, de vuelta en su sillón. Mientras tanto, afuera, el cielo cambiaba gradualmente de violeta pálido a un penetrante negro; él

aguzaba el oído, comprobando que los ruidos se alejaban, enmudecían. Esperaba el momento en que sólo escucharía el murmullo de sus veintisiete relojes sin ningún otro sonido que lo distrajera, ni siquiera los apurados pasos de la vecina de al lado, preparándose para el agitado día de mañana; ni siquiera los espesos ruidos de su estómago, retorciéndose; ni si quiera el monótono silbido de su propia respiración.

UNA NOCHE MÁS EN EL PARAÍSO

Érase una vez, en un lugar no tan lejano, un café con mesas de madera y pequeñas lámparas. En un costado había una barra con altos taburetes y al fondo un piano que sonaba entusiasmado en los atardeceres. Ancianos caballeros se sentaban acompañados por su juego de dominó mientras las señoras hundían sus narices en pastelitos de crema y azúcar molida. Los meseros usaban negros uniformes convencionales y eran convencionalmente amables, siempre vigilados por la atenta mirada de un joven y emprendedor dueño. La vida era buena en el interior del café, pero afuera el mundo seguía rodando. Las personas envejecían más rápido de lo que el café se hacía de fama. El lugar dejó de ser una novedad mucho antes de convertirse en una costumbre elegante. La vajilla con monograma en la que servían el té fue desportillándose, los clientes usuales dejaron de asistir y la reluciente máquina de café pasó a formar parte de una colección de trastos viejos en el depósito de algún prestamista.

La calle cambiaba y la pintura de las fachadas se caía a pedazos. Las personas se hacían cada vez más impersonales, pasaban sin mirar nada ni a nadie, con demasiado apuro por llegar a ninguna parte. No había muchos que se detuvieran y menos que consideraran entrar, pero el café no cerraba; el letrero alguna vez vistoso que colgaba afuera había perdido todas sus letras por efecto de lluvias, soles y tiempo. El único indicio que sugería algún servicio al otro lado de la puerta era un pizarrón que ostentaba un no muy atractivo menú escrito en tiza. En el interior, los manteles presentaban un estampado en diversas tonalidades grasosas y las lámparas habían perdido sus translúcidas pantallas. Sólo quedaba el sonido apagado del piano, herencia de aquel pasado demasiado corto.

El café comenzó a ser frecuentado por un selecto grupo compuesto por algún don nadie, hombrecitos grises, mujeronas de cabello esponjoso, sujetos en trajes con el cuello mugriento que sin duda poseían una oficina minúscula y uno que otro anciano con aspecto de impermeable demasiado usado. Viejas gordas, arpías de pelo reseco se sentaban a rumiar sus chismes con el té de media tarde:

- ... nadie le dice y parece que ni se da cuenta.

- Pero qué cinismo, la muy...

Mientras que la mujer insignificante de la mesa contigua se arrimaba un poco más para poder escuchar mejor.

Gente extraña continuaba apropiándose de sillas y mesas, la música se perdía por entre las voces pretenciosas que provenían de indumentarias baratas. Los meseros eran mozos de manos sucias que siempre llevaban un trapo pringoso en uno de sus hombros. El dueño del café ya no tenía fuerzas para ir a supervisar su negocio, apenas se aparecía algunas noches, seco y rugoso se sentaba a mirar casi con odio a los nuevos clientes. Pero en la noche era un poco diferente: carcajadas vulgares y alientos agrios se extendían en el interior pegajoso de la sala. Meretrices de sonrisas incompletas se sentaban frente a la barra a insultarse con mucho cariño y a pavonearse en frente de individuos con los ojos vidriosos que no se interesaban demasiado. Los nuevos asiduos sólo se sentaban a tomar; reían, hablaban, lloraban y chocaban vasos pero lo que se oía por encima de todo era el silencio abrumador de unos cuantos.

Hasta la música se había convertido en un mueble inmóvil, una masa inerte de la que no se desprendía ningún acorde audible. Por eso, cuando el anciano pianista no llegó una tarde y no fue más, nadie notó la ausencia. Nadie, excepto el dueño, porque el último vestigio de su sueño había desaparecido con ese viejo músico que podía hacer de sus melodías

un acompañamiento perfecto para el menú y ahora yacía en su cama acompañado por unas cuantas moscas revoloteando sobre sus labios, dándole la única despedida que podía esperar. El piano quedó relegado a un último plano en el silencio oscuro del fondo. Los focos escaseaban y nadie se ocupaba de reponerlos, después de todo no se necesitaba tanta luz para ver el mismo silencioso escenario de siempre. Era preferible adivinar las siluetas a través de la penumbra y el vapor frío que empañaba los cristales de la puerta. De todas maneras los rostros nunca cambiaban.

Atraído por el ambiente maltrecho, mi rostro pasó a formar parte de lo acostumbrado. Me acomodé al fondo, junto al piano y la música que nadie escuchaba volvió a ser parte de la rutina. En algún arranque de entusiasmo hasta tuve el placer de tener acompañantes, otros músicos, cantantes. Pero el público no nos concedía el honor de su atención; acaso alguna de las canciones significaba algo para uno de ellos o le recordaba algo, pero eran todos tan parte de la decoración, que no se permitían ningún gesto que no estuviera ya demasiado desgastado por el hábito. Las charlas se repetían, las carcajadas y los murmullos eran siempre los mismos. Todos parecían tener su papel bien estudiado y lo repetían cada noche, era sin duda lo más cómodo.

El café es ahora de los que lo frecuentan, no tiene un dueño y las grietas de sus paredes van avanzando lentamente hacia el techo. El piso de gruesos tablones sucios es testigo de vasos rotos, bailes, cenizas de cigarrillo... El piano que yo aporreo está más desafinado cada noche, pero mi música sigue siendo mía y yo soy del café, no tengo otro lugar a dónde pertenecer. Este amanecer me ha sorprendido solo entre las mesas, mucho después de que los últimos demonios se hubieran ido. Así que cubro el piano y salgo a la calle plomiza. El cielo está coloreándose de lila y a lo lejos ya se ve una línea delgada de resplandor, pero está muy lejos. Camino por la acera y mis pasos se confunden con las voces y el bullicio

de la noche pasada que aún resuenan en mis oídos, camino con mis melodías aún tibias en los bolsillos, camino con la esperanza de encontrarme a alguien que me diga que tengo demasiado de algo como para seguir en ese lugar, camino con la. certeza de que al atardecer de este amanecer estaré volviendo sobre mis pasos y si dios es misericordioso esta noche será una noche más en el paraíso.

